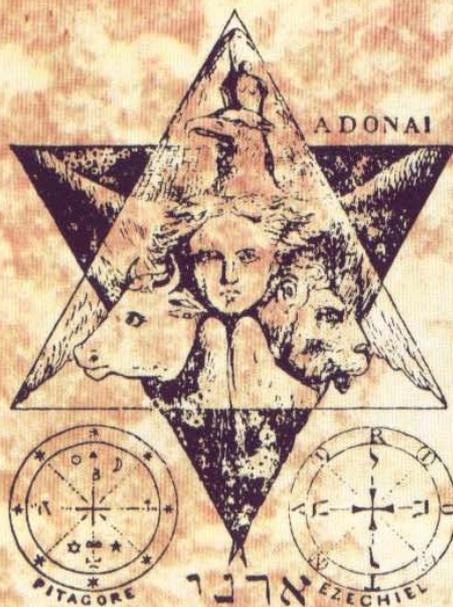


ÉLIPHAS LÉVI

El Libro de los Sabios



PREFACIO

Este libro contiene los principios y los elementos de esa tercera revelación que el conde Joseph de Maistre decía ser necesaria para el mundo.

Esta tercera revelación no puede ser sino la explicación y la síntesis de las otras dos.

Ella debe conciliar la ciencia y el dogma, la autoridad y la libertad, la razón y la fe.

Nosotros hemos preparado la semilla y otros harán la siembra.

El que escribió estas páginas está lejos de creerse un profeta. Ve la verdad y la escribe.

Habla para los sabios y espera el escarnio y el desdén de los locos.

Escribe para los fuertes y no será leído por los débiles, a quienes se inculcaré el miedo a sus doctrinas.

Este libro está dividido en dos partes; la primera contiene diálogos que resumen toda la polémica religiosa y filosófica del siglo presente.

La segunda contiene definiciones y aforismos.

No hay aquí ni flores de retórica ni frases. Dos cosas eternas y sólo ellas, han preocupado al autor: la justicia y la verdad.

DISCUSIÓN en forma de diálogo

PRIMER DIALOGO

EL CLERICAL – Vuestras pretendidas ciencias vienen del infierno y vuestras razones son blasfemias.

ELIPHAS LEVI – No se si vuestra ignorancia viene del cielo; pero vuestras razones se asemejan mucho a injurias.

EL CLERICAL – Yo llamo a las cosas por su nombre; pero para vos si estos nombres os resultan injuriosos. ¡Cómo vos que habéis salido de la *Iglesia*, que procuráis ayudar a la impiedad a minar en su base su edificio eterno, tenéis el loco orgullo de creer que vacila bajo los golpes de vuestros semejantes y, para colmo de ultraje, extendéis para sostenerla vuestra mano sacrílega!

¡No teméis la suerte de Oza, a quien Dios castigó mortalmente porque, con una intención mejor que la vuestra y con manos quizás más puras quiso sostener el arca santa!

ELIPHAS LEVI – Os detengo aquí, Señor; citáis la Biblia sin comprenderla y preferiría, en vuestro lugar, comprenderla sin citarla. La muerte de Oza, de la cual me habláis, se asemeja un poco al fin trágico de los cuarenta y dos niños devorados por los osos por haberse reído del profeta Eliseo que era calvo. Felizmente, dice Voltaire al respecto, no hay osos en Palestina.

EL CLERICAL – ¿Entonces la Biblia es un tejido de embustes y os burláis de ella como Voltaire?

ELIPHAS LEVI – La Biblia es un libro hierático, es decir, sagrado; está escrita en estilo sacerdotal, mezclado con historias y alegorías.

EL CLERICAL – Solamente la iglesia tiene el derecho de interpretar la Biblia. ¿Creéis en su infalibilidad?

ELIPHAS LEVI – Soy de la Iglesia y no he dicho, ni escrito, nada que sea contrario a sus enseñanzas.

EL CLERICAL – Admiro vuestro aplomo. ¿No sois un libre pensador? ¿No creéis en el progreso? ¿No admitís las temeridades de la ciencia moderna que da todos los días desmentidos a la Escritura Santa? ¿No creéis en la antigüedad indefinida del mundo y en la diversidad, sea simultánea, sea sucesiva de las razas humanas? ¿No consideráis como mito o fábula, lo que es la misma cosa, la historia de la manzana de Adán sobre la cual se funda el dogma del pecado original? Pero vos sabéis bien que entonces todo se derrumba; no más revelación ni encarnación, pues todo el cristianismo no ha sido más que un largo error; la Iglesia no puede mantenerse sino proscribiendo el buen sentido y propagando la ignorancia. ¿Estáis en esto y osáis llamaros católico?

ELIPHAS LEVI – ¿Qué quiere decir la palabra católico? ¿No quiere decir universal? Creo en el dogma universal y me cuido de las aberraciones de todas las sectas particulares. Las soporto, sin embargo, en la esperanza de que el progreso se cumplirá y de que todos los hombres se reunirán en la fe de las verdades fundamentales, lo cual se ha cumplido ya en aquella sociedad conocida en todo el mundo llamada, Franc-Masonería.

EL CLERICAL – Animo, Señor. Desenmascaraos al fin completamente; sois, sin duda alguna, franc-masón y sabéis perfectamente que los francmasones acaban de ser, recientemente, excomulgados por el Papa.

ELIPHAS LEVI – Sí, lo sé, y desde entonces, he dejado de ser franc-masón, porque los francmasones excomulgados por el Papa, no creían ya que debían tolerar el catolicismo. Me he alejado, pues, de ellos, para guardar mi libertad de conciencia y para no asociarme a sus represalias, quizás disculpables, si no legítimas, pero seguramente inconsecuentes, ya que la esencia de la masonería es la tolerancia de todos los cultos.

EL CLERICAL – ¿Es decir la indiferencia en materia de religión?

ELIPHAS LEVI – Decid en materia de supersticiones.

EL CLERICAL – ¡Oh! Sé que para vos, la Religión y la superstición son una sola y misma cosa.

ELIPHAS LEVI – Creo, por el contrario, que son dos cosas opuestas e inconciliables, tanto que, a mis ojos, los supersticiosos son impíos. En cuanto a la religión, no hay más que una. Y no ha habido nunca sino una verdadera. Es a ésta que llamo verdaderamente católica o universal. Un musulmán puede practicarla como lo ha demostrado muy bien el emir Abd-el-Kader, cuando salvó a los cristianos de Damasco. Esta religión es la caridad; el símbolo de la caridad es la comunión y lo opuesto de la comunión es la excomunión; comulgar es evocar a Dios, excomulgar es evocar al diablo.

EL CLERICAL – Es por esto que vos tenéis el diablo en el cuerpo, pues seguramente semejantes doctrinas hacen de vos un excomulgado.

ELIPHAS LEVI – Si yo tuviera el diablo, seríais vos que me lo habrías dado y yo no sería, por cierto, bastante malo como para devolvérselo; lo trataría como los comerciantes tratan las monedas falsas, que clavan sobre un mostrador para retirarlas de circulación.

EL CLERICAL – No quiero escucharos más. Sois un extravagante y un impío.

ELIPHAS LEVI – (Riendo). ¡Vos la sabéis larga al respecto! Y habláis cosas de las que estoy lejos de sospechar en mí; no soy tan sabio y no os diré lo que sois. Os haré observar sólo que lo que decís no es ni caritativo ni cortés.

EL CLERICAL – Sois uno de los más peligrosos enemigos de la Iglesia.

ELIPHAS LEVI – Es el señor de Mirville que os ha dicho esto. Pero yo responderé a él, como a vos, con estos versos de nuestro bueno y grande La Fontaine:

*Nada es más peligroso que un imprudente amigo;
Mejor nos valdría un sabio enemigo.*

SEGUNDO DIALOGO

EL FILÓSOFO – (Entrando). ¿Qué hacíais con aquel energúmeno?

ELIPHAS LEVI – Nada muy bueno, creo; habría deseado calmarlo y no conseguí sino encolerizarlo cada vez más.

EL FILÓSOFO – También ¿qué tenéis que hacer con semejante gente? ¿Y por qué os obstináis en declararos todavía católico? Alejáis de vosotros a los librepensadores y los católicos os execran.

ELIPHAS LEVI – Es un malentendido.

EL FILÓSOFO – Del cual vos sois la causa. ¿Por qué os obstináis en decir perro cuando se trata de gato?

ELIPHAS LEVI – No creo haberme permitido semejantes excentricidades de lenguaje, llamo las cosas por su nombre pero me ha sucedido ver perros y gatos que se entendían maravillosamente.

EL FILÓSOFO – Esto nada prueba a favor de vuestro sueño que es un acuerdo imposible ante la religión y la ciencia, entre la autoridad dogmática y la libertad de examen.

ELIPHAS LEVI – ¿Por qué es imposible?

EL FILÓSOFO – Porque la religión es el sueño que quiere hacer la ley de la razón; es el absurdo que se impone con la obstinación de la locura; es el orgullo de la ignorancia que, para creerse sobrenatural, inventa virtudes contra natura; es Alejandro VI, puesto en el lugar de Dios; es la llave del cielo puesta en las manos sangrientas de los inquisidores.

ELIPHAS LEVI – No, la religión no es nada de todo eso; la religión es la fe, la esperanza y la caridad.

EL FILÓSOFO – ¿A qué llamáis fe?

ELIPHAS LEVI – La fe es la afirmación de lo que debe ser y la aspiración confiada en lo que es bueno esperar.

EL FILÓSOFO – Salgamos de las nubes, si os place. Vos os decís católico; ahora bien, ¿sabéis lo que es un católico?

ELIPHAS LEVI – Católico quiere decir universal; un católico es aquél que se religa a las creencias universales, es decir, a la religión única, cuyo fondo se encuentra en los dogmas de todos los pueblos y de todos los tiempos.

EL FILÓSOFO – No, señor, un católico, de acuerdo con Veillot, a quien Roma no condena, es aquél que cree que J.C. es el único Dios y que habla por boca del Papa.

ELIPHAS LEVI – Dejemos a Veillot y razonemos.

EL FILÓSOFO – No, ya que hablamos de religión; bien sabéis que, según un padre de la Iglesia, muy autorizado, el objeto de la creencia es lo absurdo.

ELIPHAS LEVI – ¿Lo infinito no es absurdo?; y, sin embargo, la ciencia está obligada a creer en él. El eterno acercamiento de dos líneas que nunca se tocarán, ¿no es acaso un absurdo?; y sin embargo, la geometría se ve obligada a admitirlo. Hay absurdos de dos especies: unos no son sino aparentes y son aquéllos que provienen de una falla de nuestra inteligencia; otros son evidentes: las afirmaciones contrarias a verdades demostradas; ahora bien, la religión nos obliga a aceptar estas últimas.

EL FILÓSOFO – No entremos en el laberinto de vuestros misterios. El dogma enmarañado a gusto por vuestros teólogos, me daría fáciles posibilidades de controversia; pero estas antiguallas están tan abandonadas hoy día que no nos ocupamos más de ellas ni aún para reír. En suma, el cristianismo es superado por el progreso, ha hecho su tiempo y si queréis poner vino nuevo en ese vaso viejo, perderéis el vaso y el vino! Dejad al viejo catolicismo morir en paz; él no os acepta; vos sois para él un renegado y un sacrílego; tener el valor de vuestro libre pensamiento y dejad a los muertos sepultar a sus muertos. Hacéis ridículos esfuerzos para conciliar la civilización moderna y el syllabus y en verdad os digo que esto debe matar a aquello. Queréis conciliar a Polichinela y la horca; sin embargo Polichinela no quiere oír hablar de ésta y piensa ahorcar él mismo al verdugo a pesar de los zarpazos del gato. Perdonad si soy poco grave; es porque, en verdad, vuestra fe de expedientes y de preconceptos no es seria; ella exagera lo absurdo para aumentar sus malabarismos; puede ser muy hermosa, pero eso no es útil a nadie y se vuelve muy molesta para vos.

ELIPHAS LEVI – Dejemos de lado mis intereses personales; no los tengo y no quiero tener otros que los de la verdad.

EL FILÓSOFO – Pues bien. La verdad, la verdad evidente para cualquiera de buena fe, es que no existe relación universal y las religiones se devoran entre sí. Todos los sectarios afirman que Dios les ha hablado, pero bien sabéis que Dios no habla nunca sino por boca de sus sacerdotes, que se maldicen unos a otros y no se pondrán de acuerdo jamás. Queréis conservar el dogma y suprimir el sacerdote; sin embargo, ellos se sostienen entre sí y hasta se soportan mutuamente. Dios es el sacerdote del cielo así como el sacerdote afirma ser Dios en la tierra. Echad al sacerdote, él se llevará su Dios y os probará que sois ateo.

ELIPHAS LEVI – Yo no quiero echar a nadie, sino que desearía iluminar a todos.

EL FILÓSOFO – ¿Hasta a los sacerdotes, quizás?

ELIPHAS LEVI – Sobre todo a los sacerdotes porque les debo mi primera educación.

EL FILÓSOFO – No lo digáis, pues se nota bastante. Es entre ellos que habéis aprendido las conciliaciones jesuíticas y las aserciones forradas de segundas intenciones.

ELIPHAS LEVI – Yo escribo sobre ciencias ocultas.

EL FILÓSOFO – Entiendo, y creéis que hay que ocultar vuestro pensamiento; pero habría un medio bien simple para ocultarlo; sería el de no escribir.

ELIPHAS LEVI – Y no de hablar; pero entonces yo no tendría la ventaja de discutir hoy con vos.

EL FILÓSOFO – Yo no discuto vuestras creencias, las condeno en nombre de la ciencia y del progreso.

ELIPHAS LEVI – ¡Pero cómo! ¿Hasta mi creencia en Dios, en la inmortalidad del alma, en la solidaridad entre todos los hombres y en el espíritu de caridad?

EL FILÓSOFO – Estas son, quizás, ideas respetables, pero que no existen y no podrían existir para la ciencia, pues no son ni demostrable ni demostradas.

ELIPHAS LEVI – ¿De como que no creéis en nada?

EL FILÓSOFO – Perdonadme, creo en la naturaleza, en la ciencia y en el progreso.

ELIPHAS LEVI – Vuestras creencias, señor, son las mías; no se trata más que de entendernos; y antes que nada, ¿qué es la naturaleza para vos?

EL FILÓSOFO – Fuerza y materia.

ELIPHAS LEVI – ¡Cómo! ¿Sin espíritu?

EL FILÓSOFO – El espíritu es la fuerza directriz.

ELIPHAS LEVI – Muy bien, no os pido más; agregaré sólo “evocadora” y habremos encontrado a Dios.

EL FILÓSOFO – ¡Dios, siempre Dios! No puedo sufrir esta palabra, ella no pertenece a la ciencia.

ELIPHAS LEVI – Es verdad, pertenece a la fe, pero la ciencia no prescindir de ella.

EL FILÓSOFO – Es lo que yo niego.

ELIPHAS LEVI – Sí, sin poder probar la fuerza de vuestra negación.

EL FILÓSOFO – A vos toca probar, ya que afirmáis.

ELIPHAS LEVI – Afirmino que la fe existe y que ella está en la naturaleza del hombre. Afirmino que la fe es razonable, dado que la ciencia está limitada. Afirmino, en fin, que la fe es necesaria, porque, como vos, creo en el progreso.

Sin la fe, la ciencia no lleva sino a la duda absoluta y al disgusto por todas las cosas.

Sin la fe, la vida no es sino un sueño que terminará, sin despertar, en la nada.

Sin la fe, los afectos son vanos, el honor no es más que engaño, la virtud mentira y la moral decepción.

Sin la fe, la ciencia no es más que un inmenso tedio, pues le falta la esperanza.

Sin la fe, la libertad no es más que el despotismo de las riquezas; la igualdad es imposible y la fraternidad no es más.

Filósofos del ateísmo, partidarios de la fuerza ciega y de la materia motriz, no, vosotros no sois hombres de progreso. Uno de nuestros maestros, en el siglo pasado, ya ha hecho reír; y se llamaba Lamatthie y era uno de los médicos del rey de Prusia. Es triste veros malgastar tanto espíritu en probar que sois bestias.

Lo digo, señor, no podría seros dirigido, pues creéis en la fuerza inteligente y en el progreso. La fuerza inteligente es el espíritu y el progreso es la inmortalidad.

EL FILÓSOFO – Todo esto no está demostrado. Pero, si lo que es evidente para vos no lo es para mí.

ELIPHAS LEVI – Os extenderé la mano y nos separaremos como buenos amigos.

EL FILÓSOFO – ¡Adios, pues!

ELIPHAS LEVI – ¡Si, a Dios! Pues pretendéis no creer en El a pesar de que lo invocáis sin pensarlo.

TERCER DIALOGO

EL PANTEÍSTA – Es imposible concebir un Dios que sea otra cosa que la universalidad de los seres.

ELIPHAS LEVI – Muy bien. Sois un discípulo de Espinosa, y os diré, ante todo, que nunca existió y que no existe otro Espinosa sino la colección de obras de este filósofo.

EL PANTEÍSTA – Esta es una broma de mal gusto. Bien sabemos que son los hombres los que hacen los libros y que los in-folio no gravitan por sí mismos en el espacio. Pero no ocurre lo mismo con los mundos; la ley fatal del movimiento equilibrado los produce y puede destruirlos en las revoluciones necesarias del universo eterno.

ELIPHAS LEVI – Así nuestro universo es fatal; es, por consiguiente, ciego y sordo como la fatalidad. ¿Cómo, pues, puede darnos la inteligencia que no posee?

EL PANTEÍSTA – El universo es inteligente y es por eso que lo llamo Dios.

ELIPHAS LEVI – ¿Creéis que en el hombre es el cuerpo el que produce el fenómeno del pensamiento?

EL PANTEÍSTA – Siento el pensamiento en mi cabeza y sé que él se produce en mi cerebro.

ELIPHAS LEVI – Sí, como la música sobre un violín.

EL PANTEÍSTA – ¡Oh, vayamos despacio! Queréis decir que nuestra alma se sirve del cerebro como instrumento; pero todos este instrumento y sólo los anatomistas conocen su mecanismo. El niño que empieza a pensar ni siquiera sabe que posee un cerebro y no se le ocurre utilizar sus fibras y sus repliegues. El cerebro funciona, pues, por sí mismo bajo el doble impulso de la naturaleza y de la vida.

ELIPHAS LEVI – El sentido común nos asegura, sin embargo, que nuestro cerebro es alguna cosa, pero que no es alguien. Es algo del cual alguien ha determinado la forma y el uso y, si existen instrumentos que parecen tocar solos, estos instrumentos no revelan menos la existencia de un mecánico hábil y de una música que el instrumento no inventa.

EL PANTEÍSTA – Pienso que es como decís; pero, para mí, el gran mecánico y el músico de las armonías de la naturaleza es el inmenso, el eterno universo que es por la propia necesidad de ser, que es infinito, al cual atribuiréis las funciones inútiles del Creador. La palabra creación, por otra parte, es un absurdo, si se supone que de la nada puede salir algo; la substancia es una, infinita, eterna; las creaciones sucesivas y espontáneas no son más que manifestaciones de apariencias; combinaciones físicas; todas las ciencias naturales tienden hoy a demostrarlo, vos mismo estáis constreñido a admitirlo y no creéis ya en el dios despótico y caprichoso de la Edad Media, en el dios enemigo de la naturaleza, en el dios de la venganza y de los milagros.

Consideráis a Dios como el alma del universo, alma distinta del cuerpo, decís; pero, sin embargo, inseparable añadiré, ya que Dios no puede morir. Sin el fenómeno de la muerte que deja el cuerpo inerte y helado, el hombre sería indivisible y no se distinguiría su alma de su cuerpo. No es, en efecto, el alma sola que vive: es el hombre todo entero; y el pensamiento es la luz de la vida.

No distingamos, pues, el alma del universo, del universo mismo; el universo es el gran todo, inteligente y visible. Cuando piensa, se le llama espíritu; cuando toma una forma es materia; pero la materia y el espíritu no son dos seres; son dos modos de existencia. La substancia eterna e infinita es la génesis del pensamiento y de la forma, no fuera de sí mismo, donde no hay nada, sino en sí misma y por sí misma. Es a esto que llamamos Dios.

ELIPHAS LEVI – Os he dejado hablar y pienso como vos sobre muchos puntos, pero no admitiré jamás que Dios sea el universo, porque esto me devolvería a la idolatría de los siglos ignorantes en que se adoraba el sol y la luna; todo es de Dios, ciertamente, pero todo no es Dios y la libertad humana no debe dejarse absorber por la gran fatalidad divina que parecéis admitir. Si todo fuera Dios, el hombre no sería responsable de nada y la moral sería una quimera. ¡Qué idea, entonces, nos darían de la sabiduría divina, los errores y las estulticias humanas!

En tanto fuéramos absurdos, Dios sería ridículo. Dios mismo sería el autor del mal y así se negaría a sí mismo, o más bien, la palabra de Dios no tendría ya sentido razonable. Dejemos al dios Pan de los antiguos, sus flautas y sus cuernos.

Cuando Jesús, muriendo sobre la cruz, hubo proclamado la inviolabilidad de la conciencia humana y la libertad de la fe, confirmada por el derecho al martirio, un piloto misterioso, llamado Thamuz, gritó a las islas del mar que el gran Pan había muerto y se oyeron voces confusas que lloraban al gigante de la mitología antigua. Dios, en la humanidad, acababa de triunfar de la fatalidad y de la muerte, y la humanidad se volvía divina, no por usurpación sacrílega, o por confusiones de las naturalezas, sino por sublime alianza.

EL PANTEÍSTA – Deteneos y no prolongues estas frases de sermón. Sois libre de alabar todavía al Cristianismo, pero él es el que ahora ha muerto y el gran Pan ha resucitado. El Cristianismo ha sido una enfermedad del espíritu humano y ha faltado poco para que nuestra pobre Tierra se volviera una morada de locos; la demencia de la fe ciega puesta por encima de la ciencia y de la razón, el dolor preferido al placer, la miseria a la riqueza, el celibato contra natura agotando las fuentes de la fecundidad, el fanatismo feroz imponiéndose por el hierro y el fuego, la autocracia de los sacerdotes, el embrutecimiento de los hombres, la miseria de los pueblos, he ahí el Cristianismo. El es juzgado por sus propias armas.

ELIPHAS LEVI – Así, según vos, ¿se ha hecho bien en crucificar a Jesucristo, y si Nerón hubiera logrado extirpar el Cristianismo, habría sido el verdadero salvador del mundo?

EL PANTEÍSTA – Nada prueba la existencia histórica de Jesucristo. El Cristianismo es una corriente de ideas que no provenía de un solo hombre y vos mismo habéis afirmado y probado que el Cristo de los Evangelios es una figura simbólica del hombre liberado de las servidumbres legales y sacrificándose libremente por el triunfo de la verdad y de la justicia. Según el mito sagrado, su sacrificio era necesario para la salvación del mundo y los que lo crucificaron han sido los ejecutores de la alta justicia de Dios. En lo que se refiere a Nerón y a otros perseguidores, son universalmente condenados por la conciencia humana. La verdad no debe imponerse por el temor, debe probarse por la razón; pero los paganos, los judíos y los cristianos han sido todos igualmente fanáticos y, de víctimas que han sido al principio, se han vuelto verdugos desde el momento que han podido serlo con impunidad. Nerón no es más espantoso que Santo Domingo; Torquemada vale Domiciano y hay todavía gente que llora la ausencia de las dragonadas. Conocéis, por otra parte, la célebre máxima atribuida al rey Luis Felipe: *“La responsabilidad existe sólo cuando no se triunfa”*.

ELIPHAS LEVI – Acepto esta máxima. ¿Qué es, en efecto, una cosa lograda? Es cosa bien hecha. Hacer bien es triunfar, y aquel que no triunfa, es más o menos responsable de su torpeza. Las cosas, en efecto, están de tal manera ordenadas por la sabiduría suprema que el mal no podría tener un éxito

real y durable, y que el bien, a pesar de todas las demoras y de todos los obstáculos, llega siempre a su fin.

Me habláis del mal que se ha producido a propósito del Cristianismo. Ese mal ha pasado en parte, y lo que de él queda, pasará. Pero el bien ha quedado y quedará. No es en nombre de Torquemada, sino en nombre de Vicente de Paul que las hermanas de la Caridad cuidan de los pobres huérfanos.

Alejandro VI no ha publicado nunca una constitución apostólica justificando el envenenamiento y el incesto. La religión es santa, os digo; los hombres son los malos.

EL PANTEÍSTA – No, señor, los hombres no son malos. Hablando así, calumniáis a vuestra madre, la santa y divina naturaleza; pero os resentís y os resentiréis siempre de vuestra deplorable educación clerical. ¿Sabéis lo que tornaba malo a Alejandro VI?

Es que él se creía el vicario y el representante de un Dios que quema eternamente a sus enemigos; ahora bien, los enemigos del Papa, a los ojos del Papa, ¿no son los enemigos de Dios? El veneno de los Borgia era una pena muy dulce comparada con los suplicios del Infierno, y quién sabe si este indulgente vicario de J.C. no ceñía indulgencias para el otro mundo de sus frascos de vino de Siracusa.

Se dice que envenenaba las hostias; era una manera de volverlas activamente indulgentes para la buena muerte; ¿no era él el maestro de los maestros y el rey de los reyes?; ¿no era él infalible, lo que quiere decir ciertamente impecable? Ah!, no nos habléis de vuestras perniciosas creencias; ellas conducen a la apoteosis de un nuevo Nerón, siempre que éste, en lugar de la corona de los Césares, lleve la tiara de los pontífices. ¿No habéis canonizado al horroroso y sangriento Chisleri? ¿Vuestro Veillot no vierte todavía lágrimas de cocodrilo sobre la abolición de los autos de fe? ¡Oh, si esta gente retomara por un instante el poder, cómo nos arrojarían a todos con nuestros hijos y nuestras mujeres bajo las ruedas del carro carcomido que arrastra todavía su implacable Jaggrenat! ¡No os digáis más católico, vos que sois un libre pensador, o cuidad que la santa inquisición de Roma no os pida cuenta de vuestras obras! Salid de ese Vaticano del cual los dioses partieron hace mucho tiempo, de donde hasta los ratones empiezan a huir y sobre el cual se ciernen, desde la victoria de Mentana, nubes de cuervos y de buitres.

ELIPHAS LEVI – ¡Alto allí, señor! Si hay cuervos en el Vaticano, hay también águilas. Es Francia la que tiene a Roma, y Roma, tarde o temprano, deberá contar con Francia que marcha, como lo sabéis a la cabeza de la civilización y del progreso. Según los sectarios de Veillot, que os abandono, el Papa sería la reacción y la comprensión divinizadas; pero no era así. El Papa será o no será; yo creo que debe ser y que no puede ser más que el evangelio coronado.

EL PANTEÍSTA – Estáis todavía en esto y no véis que el Evangelio ha sido superado hace mucho tiempo por el buen sentido y por la ciencia. Hay cosas buenas en el Evangelio, lo sé; es la buena semilla mezclada a la cizaña. Pero hay también enseñanzas bárbaras y doctrinas deplorables: así, perdonar a sus enemigos para que Dios los castigue aún más; no resistir el mal, odiar a su padre y a su madre, odiarse a sí mismo, lo que da un sentido extraño al precepto de amar al prójimo como a sí mismo; alentar la pereza por la limosna, y la injusticia por el abandono voluntario de lo que se os quiere robar; preferir el aislamiento estéril a la vida familiar, odiar al mundo y hacerse odiar de él ahora bien, el mundo, en el sentido del Evangelio, es la sociedad de los hombres. Matar ante el rey, es decir, ante Dios a aquellos que no quieren que su hijo, o sea Jesucristo, representado por el Papa, reine sobre ellos; abjurar de su razón, quebrantar sus afectos, adorar la humillación y el dolor, he aquí el fondo de estos evangelios tan ensalzados; el resto, es decir, los preceptos verdaderamente morales, pertenecen a la filosofía de todos los siglos. He ahí el fondo de la religión cristiana; y bien, en verdad, un hombre razonable no puede hoy ni defender públicamente ni admitir en secreto semejante religión! El catolicismo dejó de ser una Iglesia; es una secta y la más horrorosa de todas

las sectas. Hasta el protestantismo no tiene ya razón de ser y va disolviéndose día a día en el panteísmo que es la sola religión universal y verdadera.

ELIPHAS LEVI – Muy bien. Entonces todo es Dios, yo soy Dios, vos sois Dios, la tontería es Dios, el crimen es Dios y, por consiguiente, según vos, hasta Veuillot es Dios, el clericalismo es Dios y el Papa es Dios.

EL PANTEÍSTA – Nada de bromas indignas de vos, Dios es la afirmación y no la negación de todas las cosas; es lo que es y no lo que pretende ser; es la verdad y no la mentira: ¿no habéis dicho vos mismo que el mal no tiene existencia real?

ELIPHAS LEVI – ¡En lo absoluto, sin duda! Pero tiene en lo relativo una existencia demasiado real, ya que obra contra el bien. Luego, ¿esta acción, según vos, viene de Dios?

EL PANTEÍSTA – Sí, como vuestra sombra viene de vuestro cuerpo y como las enfermedades vienen de la salud.

ELIPHAS LEVI – ¿Entonces vuestro Dios está enfermo cuando los hombres hacen el mal, y cuando dicen mentiras es el espíritu de Dios que les presta su sombra?

EL PANTEÍSTA – La luz precisa de la sombra para producir las formas visibles, y lo que llamáis el mal es necesario para el triunfo del bien. Dios se hace sombra para manifestar su luz, y no se muestra como luz sino para justificar su sombra; he aquí lo que quiere decir vuestro misterio de la redención, he aquí la razón de ser del diablo, que es la máscara de sombra del rostro espléndido de Dios, he aquí el equilibrio del cielo y del infierno, he aquí el satán del libro de Job recibiendo el mismo Dios la misión de atormentar a un justo, he aquí por qué vuestros símbolos relatan que Jesucristo descendió a los infiernos.

ELIPHAS LEVI – ¿Pero entonces, no hay más culpables? Todos los hombres son inocentes; los ángeles de las tinieblas son los servidores de la máscara divina, la penalidad es la injusticia, la moral es una trampa tendida a los débiles para hacerlos esclavos de los fuertes, los malvados son los más poderosos auxiliares de la virtud y el justo les debe sus coronas? ¿No sentís, señor, que, una doctrina tan monstruosa es subversiva de todo orden y que, por consiguiente, es contraria a toda verdad, porque el orden es a la verdad lo que el desorden es a la mentira?

EL PANTEÍSTA – Lo que decís proviene de vuestro sistema de ocultismo, pero en el fondo pensáis como yo.

ELIPHAS LEVI – Protesto por lo contrario.

Creo en Dios, causa de todo, y no confundo la causa con el efecto. Creo en la libertad del hombre y por consiguiente en su moralidad.

Os concedo todo el resto.

CUARTO DIALOGO

EL ISRAELITA – He oído vuestra conversación con ese ateo y constato con placer que liquidáis los errores del cristianismo.

ELIPHAS LEVI – Sí, sin duda, pero es para defender sus verdades con mayor energía.

EL ISRAELITA – ¿Cuáles son las verdades del cristianismo?

ELIPHAS LEVI – Las mismas que las de la religión de Moisés, más los sacramentos eficaces con la fe, la esperanza y la caridad.

EL ISRAELITA – Y más también la idolatría, es decir, el culto que es debido a Dios, rendido a un hombre y hasta a un pedazo de pan. El sacerdote puesto en el lugar del propio Dios y condenando al infierno a los Israelitas, es decir, los solos adoradores del verdadero Dios y los herederos de su promesa.

ELIPHAS LEVI – No, hijo de nuestros padres, nosotros no ponemos nada en el lugar de Dios. Creemos, como vosotros, que su divinidad es única, inmutable, espiritual y no lo confundimos con sus criaturas. Adoramos a Dios en la humanidad de Jesucristo y no a esa humanidad en lugar de Dios. Hay entre vosotros y nosotros un malentendido que dura desde hace siglos y que ha hecho derramar mucha sangre y muchas lágrimas. Los pretendidos cristianos que os han perseguido eran fanáticos e impíos indignos del espíritu de aquel Jesús que ha perdonado, muriendo, a los que lo crucificaban y que ha dicho: “Perdonadlos, padre mío, pues no saben lo que hacen”.

Nuestro dogma, por otra parte, no empieza con Jesucristo; él está contenido completamente en los misterios de la Cábala, cuya tradición remonta hasta el patriarca Abraham. Nuestro hombre-Dios es el tipo humano y divino del Sohar realizado en un hombre viviente. Nuestro verbo encarnado llamado *Logos* por Platón y por San Juan El Evangelista, lo que quiere decir: razón manifestada por la palabra, se llama Chocmah en la doctrina de los Sephiroth.

EL ISRAELITA – Os detengo aquí y os declaro que, entre nosotros, la Cábala no hace autoridad. No la reconocemos más, porque ha sido profanada y desfigurada por los Samaritanos y los gnósticos orientales. Maimónides, una de las grandes luces de la sinagoga, considera la Cábala como inútil y peligrosa; no quiere que nos ocupemos de ella y quiere que nos atengamos al símbolo del cual él mismo ha formulado los trece artículos en el Sepher Torah, a los profetas y al Talmud.

ELIPHAS LEVI – Sí, pero el Sepher Torah, los profetas y el Talmud son ininteligibles sin la Cábala. diré más: estos libros sagrados son la propia Cábala escrita en jeroglíficos hieráticos, es decir, en imágenes alegóricas. La escritura es un libro cerrado sin la tradición que la explica y la tradición es la Cábala.

EL ISRAELITA – He aquí lo que niego. La tradición es el Talmud.

ELIPHAS LEVI – Decid que el Talmud es el velo de la tradición; la tradición es el Sohar.

EL ISRAELITA – ¿Podrías probarlo?

ELIPHAS LEVI – Sí, si queréis tener la paciencia de escucharme, pues habría que razonar bastante, citar y comparar autores, apreciar lo que dicen Franck y Drach, dos sabios hebraístas que no están de

acuerdo, explicar el Génesis y Ezequiel, buscar en este último la llave del Apocalipsis de San Juan, analizar la Mischna y ver en qué difiere esencialmente de las dos gemarah, aplicar a los siete primeros capítulos del Génesis las llaves alfabéticas y numéricas del Sepher Jetsirah, volver a los libros dogmáticos del Sohar, estudiar a fondo el Sefhra Azeniotha con las explicaciones del grande y pequeño Sínodo. Todo esto lleva tiempo, que os dedicaría de buena gana si esperase seros útil, y pediría una atención larga y continua que vos seguramente no me concederéis.

EL ISRAELITA – ¿Por qué?

ELIPHAS LEVI – Porque no soy un rabino, ni siquiera un israelita, por lo menos como lo creéis vos.

EL ISRAELITA – ¿Cómo lo creo? ¡Oh! Permitid, estoy bien seguro de ello.

ELIPHAS LEVI – Bien veis que es inútil que os hable por más tiempo, pues me escucharíais con una desconfianza que aumentaría con la misma fuerza de mis razones. Sois todavía demasiado judío; venid a verme cuando dudéis de vuestra religión y os mostraré la nuestra.

QUINTO DIALOGO

EL PROTESTANTE – Señor, habéis escrito esto en uno de vuestros libros: “Soy yo más católico que el Papa, más protestante que Lutero”, ¿Cuál puede ser el sentido de esas extrañas palabras?

ELIPHAS LEVI – Esto quiere decir que considera como admisibles a la comunión universal a todos aquellos a quienes el Papa excomulga y que protesto contra las fantasías dogmáticas de vuestro maestro, Martín Lutero.

EL PROTESTANTE – Vos pretenderíais entonces fundar una secta nueva.

ELIPHAS LEVI – Al contrario, desearía fundir todas las sectas en una fraternal unidad.

EL PROTESTANTE – ¿Podéis creer que el Papa os aprobará jamás?

ELIPHAS LEVI – El Papa no me ha censurado todavía.

EL PROTESTANTE – ¿Y si os censurara?

ELIPHAS LEVI – Yo he aprobado su censura de antemano.

EL PROTESTANTE – Entonces os burláis de él y de nosotros?

ELIPHAS LEVI – No me burlo de nadie. La Iglesia romana ha declarado que la razón es inseparable de la fe, que se puede y que se debe llevar a los hombres a la fe por la razón, y yo no digo otra cosa; no es, pues, el fondo de mi doctrina que el Papa podría censurar, sino sólo algunas revelaciones de los misterios del ocultismo, que podría hallar peligrosas o intempestivas.

EL PROTESTANTE – Tendría, por cierto, mucha razón; ¿por qué mezcláis continuamente la religión y las ciencias ocultas? Anunciáis libros de magia y escribís libros de religión; ¿qué pueden tener de común la Biblia y el grimorio?

ELIPHAS LEVI – El grimorio se compone de evocaciones y de oraciones, supone un dogma y contiene un ritual; las ciencias ocultas tienen como punto de partida una teología secreta que es la Cábala; ellas inician en los misterios de una taumaturgia ceremonial análogo a los sacramentos de la Iglesia; veis, pues, que no se pueden enseñar las ciencias ocultas sin hablar mucho de religión.

EL PROTESTANTE – Pero, entre todas las religiones, ¿por qué elegís y proclamáis como la mejor, a aquella que más enérgicamente condena la magia?

ELIPHAS LEVI – Porque es la única que es incontestablemente dogmática y realmente taumatúrgica; porque la religión romana es la magia jerárquicamente constituida que reprueba y debe reprobar a los hechiceros como competidores sin diploma; porque los sacerdotes católicos son verdaderos encantadores, evocando a Dios mismo y forzándolo a descender sobre sus alturas, devolviendo la inocencia a los culpables, borrando con una palabra las sentencias de muerte eterna, abriendo y cerrando a su gusto el cielo, disponiendo de la eternidad.

Encontradme mágicos más poderos que ellos y yo iré a someterles mis búsquedas y mi ciencia.

EL PROTESTANTE – Las cosas que admiráis en la iglesia católica son precisamente aquellas que nos la vuelven abominable; sus sacerdotes no son, para nosotros, más que los encantadores del Faraón y antes que habitar con ellos, preferimos más bien sufrir con Israel en el desierto.

ELIPHAS LEVI – ¿Tenéis la vara de Moisés? Temo que un buen día os encontréis sin Dios y que por laxitud de una religión sin eficacia, danzaréis como tantos otros alrededor del becerro de oro.

Ved a lo que ha llegado Inglaterra; se hastía mortalmente en medio de sus riquezas y el pauperismo la roe. Alemania puede muy bien expandirse: no convertirá nunca al universo entero al culto de la choucroute, y de la cerveza su nebulosa filosofía, pasando por Kant y por Hegel, ha llegado a una desesperante oscuridad. Por doquier, en los países protestantes, la vida de las almas se retarda y todos los cuidados del hombre se dirigen a las cosas puramente temporales. Beber bien, comer bien es algo por cierto; pero el hombre no vive sólo de pan, como también lo dijo nuestro gran Maestro.

EL PROTESTANTE – ¿No tenemos nosotros la Biblia y el Evangelio?

ELIPHAS LEVI – Sí, los tenéis y los hacéis traducir en todas las lenguas para hacer leer a los salvajes aquéllos que los más sabios de entre vosotros comprenden mal o no comprenden absolutamente.

¡La Biblia! ¡Esta Babel de la antigüedad oriental, este libro, sobre el cual han empalidecido los eruditos de tantos siglos, esta enciclopedia abstrusa que uno de nuestros grandes poetas llama con razón un terrible mar sembrado de escollos!

He aquí lo que ponéis entre las manos de los ignorantes y de los idiotas, diciéndoles: “Toma, he aquí la palabra de Dios, toca a ti comprender, juzgar y hacerte una regla de conciencia”. ¡Por eso cuántas interpretaciones diversas y más absurdas las unas que las otras! El protestantismo es como una gran casa de alienados, llena de celdas, a las que se les llama sectas; unos son miedosos, otros bailarines, muchos son epilépticos, otros inmóviles y taciturnos; y, sin embargo, es en nombre de la razón que llamáis al libre examen; pero, ¿qué es la libertad sin leyes? ¿No es la misma cosa que la razón sin autoridad, esa rival impotente de la autoridad sin razón?

EL PROTESTANTE – Puesto que Dios ha hablado en la Biblia, debe querer ser comprendido e inspirarnos él mismo el verdadero sentido de sus palabras.

ELIPHAS LEVI – Si Dios tiene la obligación de inspirarnos, no tenéis ya necesidad de la Biblia. Sois todos profetas y vuestros sueños son toda la ley.

EL PROTESTANTE – Pero, si no me engaño, vos mismo interpretáis la Biblia de otra manera que los doctores católicos.

ELIPHAS LEVI – La Biblia tiene un sentido oculto cuya ciencia tradicional se llama Cábala entre los Hebreos. Esta ciencia era conocida por el apóstol San Juan y por los padres más sabios de la primitiva iglesia; no la he inventado yo y no enseñé nada que provenga de mí: esto es lo que hace mi fuerza y mi confianza, esto es lo que me da el derecho de llamar católicos mal iluminados a los católicos mejor instruidos. ¿Me probaréis que estoy equivocado?

EL PROTESTANTE – No, porque no puedo seguiros en vuestras búsquedas; pero guardaré mis convicciones.

ELIPHAS LEVI – No pretendo quitároslas; la controversia nunca convierte a nadie; uno se afirma en las ideas que quiere defender y se obstina más en ellas a medida que el ataque es más vivo; las convicciones se afirman o cambian por sí mismas, a medida que la razón crece y que la luz se hace.

EL PROTESTANTE – Deseo que ella se haga para vos.

ELIPHAS LEVI – Os devuelvo el mismo deseo.

SEXTO DIALOGO

EL MÉDICO – ¿Queréis permitidme que os tome el pulso?

ELIPHAS LEVI – ¿Os parece que tengo fiebre?

EL MÉDICO – ¡Oh! No os quiero comparar a Basilio, a pesar de que no podéis impedirnos trabajar un poco para él.

ELIPHAS LEVI – Y como así, os ruego.

EL MÉDICO – ¡Oh! Lo sabéis bien. Sois un librepensador y queréis que los dogmas absurdos sean respetados para mayor satisfacción de Basilio.

ELIPHAS LEVI – No creo que Basilio sea gran partidario de los dogmas explicados por la filosofía.

EL MÉDICO – Y Basilio tiene razón, porque un dogma explicado es un dogma muerto; no se estudia la anatomía más que sobre los cadáveres; no se disecan los vivos.

ELIPHAS LEVI – Vuestra comparación cojea, doctor, porque los dogmas son espíritu y el espíritu no podría morir para ser disecado como los cuerpos. Hallar la palabra de un enigma no es suprimir su texto a menudo ingenioso. ¿Aclarar es acaso destruir?

EL MÉDICO – Cuando la esfinge es adivinada, está muerta; introducir una luz en una linterna de papel de seda es poner fuego a la linterna. Un misterio explicado deja de serlo; la fe es el sueño de la ignorancia; cuando se alcanza la ciencia, el espíritu se despierta y el sueño cesa; soñar despierto es estar loco y es a esto que queréis conducirnos; ahora bien, como me parece que sois de muy buena fe, dudo de vuestra salud y vengo a tomaros el pulso.

ELIPHAS LEVI – Doctor, ¿creéis en la medicina?

EL MÉDICO – No, por cierto, no creo en ella. La he estudiado y tengo la pretensión de conocerla.

ELIPHAS LEVI – ¿Y los aforismos de esta ciencia no os parecen nunca dudosos?

EL MÉDICO – Jamás, cuando su verdad me es demostrada.

ELIPHAS LEVI – ¿Rechazáis todo lo que no está demostrado?

EL MÉDICO – No, lo estudio, pero no creo nada antes de saber.

ELIPHAS LEVI – Pero cuando se sabe, se ha dejado de creer; por consiguiente, jamás habéis creído nada, no creéis nada y jamás creeréis nada. Si esto es cierto, os compadezco, doctor, porque no amaréis nunca y no habéis amado nunca.

EL MÉDICO – ¡Oh, nada de sentimentalismo místico! He amado a mi madre y a mis hijos porque sé ...

ELIPHAS LEVI – Sí, sabéis y sabíais todo aquello, pero nada de todo aquello se os había demostrado y no puede seros demostrado todavía. ¿No habrías podido ser trocado en nodriza?

Vuestra mujer y vuestros hijos ... Vos creéis, y tenéis razón en creer, en la fidelidad de la primera y en la legitimidad de los últimos pero todo esto, doctor, no es ciencia, es fe.

EL MÉDICO – ¡Es una fe tan razonable!

ELIPHAS LEVI – ¡Ah! He aquí la palabra que yo deseaba haceros decir; fe razonable; es la palabra de San Pablo y es también la mía. No pido otra cosa.

EL MÉDICO – ¡Oh, no confundamos! Hablo de la fe humana y natural, que es esencialmente razonable; vos, al contrario, habláis de la fe religiosa y sobrenatural, necesariamente absurda porque supone una revelación de lo infinito a lo finito por medio del mismo misterio eternamente incomprensible del cual hay que adorar la fórmula sin buscar jamás su sentido, lo que equivale a decir que Dios prohíbe a los hombres la razón y les impone la demencia. ¿Qué es un loco en efecto? Es un hombre que cree en las alucinaciones de su cerebro más que en el buen sentido de todos; es un creyente extravagante y obstinado que obra según lo que imagina y no en consecuencia de lo que ve; os desafío a no reconocer en este retrato a los pretendido santos de vuestra iglesia católica.

ELIPHAS LEVI – Desearía ser loco como San Vicente de Paul

EL MÉDICO – ¡Oh, en cuánto a ese! Sabéis lo que de él se ha dicho con mucha fineza: era un hombre al cual se ha perjudicado mucho canonizándolo.

ELIPHAS LEVI – Sois intratable; pero ensayemos otro razonamiento; ¿admitís que el sentimiento religioso existe en los hombres y que es un hecho fisiológico con el cual la ciencia debe contar?

EL MÉDICO – Sí, reconozco la existencia de esta enfermedad en un gran número de hombres y estoy en condiciones de probaros que poseen los caracteres completos de la alineación mental.

Reconoce por causa el disgusto por la realidad y el deseo melancólico por las quimeras, una ambición desmedida y una presunción que hace creer al hombre que puede apropiarse la eternidad y la inmensidad, dominio de un Dios que el hombre se representa como su propia imagen acrecentada y llenado el cielo con sus proporciones colosales.

El hombre alcanzado por este mal toma los medios más directamente opuestos al fin que se propone; quiere ser inmortal y se deja morir todos los días; quiere ser el objeto de las predilecciones de Dios y se vuelve odioso e insoportable a los hombres, aún a los más imperfectos.

Censura, molesta y atormenta a los demás, bajo pretexto de amarlos; en el fondo no ama más que sus creencias, no admite que se las discuta; la contradicción sobre este asunto lo vuelve furioso, huye de aquéllos que quieren desengañarlo y les toma horror como los alienados hacen con los médicos.

ELIPHAS LEVI – ¿Habéis dicho todo? No me hablaréis un poco también de las matanzas cometidas bajo el pretexto de la religión, de los autos de fe y de la San Bartolomé? Sé todo esto tan bien como vos; afectáis, como lo hacen siempre los adversarios de los creyentes, confundir con la religión la superstición y el fanatismo, por lo que toda la gente honesta tiene aversión.

EL MÉDICO – La superstición y el fanatismo son lo absoluto en religión; los creyentes razonables son tibios; el hombre que sigue las luces del buen sentido obra como un filósofo y no como un devoto; un dogma absurdo exige un culto insensato. Habladme de los estilistas, de los encorazados, de los silenciarios, de los que van descalzos, de los muertos de hambre, de San Cucufin, de San Labre; ¡he aquí los verdaderos creyentes! Los otros son razonadores. Y no digáis que me abandonáis estas gentes; son las preferidas de vuestra Iglesia que ha predicado siempre y todavía predica la santa locura de la cruz.

ELIPHAS LEVI – Eran hombres de otros siglo; los tiempos cambian y las costumbres también.

EL MÉDICO – Sólo los dogmas son inmutables. Tal es, al menos, la pretensión de los creyentes; pero cambian siempre en sentido inverso de las ideas de las costumbres.

ELIPHAS LEVI – ¿Qué entendéis con eso?

EL MÉDICO – Entiendo que los dogmas, para inmovilizarse, se materializan cada vez más, a medida que el progreso de las ciencias tienden a explicarlos espiritualizándolos en mayor proporción. La teología oficial es la ciencia de embalsamar las creencias muertas y cambiar en momias los símbolos otrora vivientes.

ELIPHAS LEVI – Estáis equivocado al decir embalsamar; vuestra expresión me recuerda los perfumes de Roma, de este muy odorífero Veuillot, si habéis leído mis libros, debéis saber que pienso como vos sobre el fariseísmo antiguo y moderno, sobre la falsa teología (etc.), pero todo esto no es la verdadera religión.

EL MÉDICO – Es como si dijerais que lo que se hace, se combina y se prepara en todos los gabinetes de Europa, no es la verdadera política.

ELIPHAS LEVI – No os convendría desafiarme demasiado en decirlo.

EL MÉDICO – Entonces queda entendido, no hay otra política que la que soñáis, no hay otra religión que vuestro misticismo personal, moléis azul para iluminar las nubes que no os parecen de buen color. Siento haberos hecho hablar tanto, pues esto os exalta y os perjudica; dejad dormir un poco vuestro fárrago de ciencias ocultas; no os quedéis solo, haced ejercicio, someteos a un régimen refrescante y sobre todo no fuméis demasiado.

ELIPHAS LEVI – (Riéndose). Gracias por vuestra receta, doctor; creo que vuestros consejos son buenos y desearía daros, a mi vez, algunas prescripciones higiénicas, pero desgraciadamente os considero como incurable.

EL MÉDICO – ¿Por qué?

ELIPHAS LEVI – Porque no estáis enfermo.

EL MÉDICO – Así que consideráis que he ganado la causa y que os he convertido.

ELIPHAS LEVI – ¡Ah! Nada de esto, vos no estáis enfermo, pero os falta un sentido; veis muy bien, pero no véis más que con un ojo, todo esto moralmente, bien entendido.

EL MÉDICO – ¿El ojo que me falta no será casualmente el que Victo Consideránt quería poner en la extremidad de una cola?

ELIPHAS LEVI – Puede ser doctor, y dado que bromeáis, nuestra conversación está terminada.

SEPTIMO DIALOGO

EL DOCTO – Acepto vuestras teorías religiosas que son, más o menos, las de Emilio Burnouf y Vacherot. No confundo la exaltación religiosa que produce el fanatismo con el sentimiento religioso que puede perfectamente acordarse con la ciencia y con la razón; encuentro, como vos, que hay en la palabra catolicidad una promesa de porvenir que quiere decir síntesis y solidaridad universales, pero me parece evidente que esta grande y última transformación religiosa no pueda cumplirse más que fuera del catolicismo oficial, como el cristianismo no ha podido manifestarse y triunfar sino fuera de la sinagoga.

ELIPHAS LEVI – Sí, la síntesis es verdaderamente católica, es decir, universal, no excluirá ni a la Iglesia oficial ni a la sinagoga; deberá al contrario, reunirlos y conciliarlos. Las divisiones y las subdivisiones religiosas han sido los resultados del espíritu de análisis necesario a la crítica; el espíritu de síntesis, al contrario, tiene como tendencia, reunirlos todo y coordinarlos todo.

Después de haber criticado, el espíritu humano juzgará y el fallo definitivo despejará al cielo simbólico de sus nubes, la humanidad formulará su dogma y dirá: “aquéllos que me han nutrido cuando tenía hambre, socorrido cuando sufría, esos son los bendecidos de mi padre; y aquéllos que, al contrario, me han oprimido y vuelto miserable, son los malditos”. Es entonces que los publicanos y las meretrices entrarán antes que los fariseos en el reino de Dios y que se apreciarán en su justo valor los méritos de los vivos y de los muertos; existirá entonces una moral cierta e invariable y la política cesará de ser la ciencia de la mentira; los derechos serán probados y equilibrados por los deberes, sea entre las naciones, sea entre los hombres. Esto debe ser y, en consecuencia, será ciertamente.

EL DOCTO – Me gusta vuestra manera tan ingeniosa como heterodoxa de explicar la parábola profética del juicio final; pero, si debo confesarlo, creo muy poco que los hombres lleguen jamás a este acuerdo definitivo. Si debiera ser, sería ya hace mucho tiempo; las luces no han faltado, ni las exhortaciones de los grandes hombres; pero las pasiones rivales y el antagonismo de los intereses han impedido, impiden todavía e impedirán siempre a los hombres ponerse de acuerdo.

ELIPHAS LEVI – No pretendo que, cuando la gran síntesis religiosa y social sea proclamada y reconocida, los hombres se vuelvan perfectos ni siquiera pienso que todos se inclinen ante la evidencia de esta grande luz ha habido idólatras en el mundo y aún mismo entre los hebreos, después de la revelación de Moisés; la ley cristiana está promulgada desde hace casi diez y nueve siglos y la caridad no reina todavía sobre la tierra porque esa palabra divina que encanta los corazones no ha recibido todavía una explicación suficiente. Es por la solidaridad que la caridad se explica; ahora bien, solidaridad es el socialismo, última palabra del cristianismo; es la propiedad de cada uno para todos y de todos para cada uno. Entonces no se definirá más a la propiedad como el derecho de usar y de abusar y se abatirá frente a la razón y a la moral esta concepción monstruosa del derecho y al abuso. Esta revolución se cumplirá, os lo digo, porque está ya realizada en el mundo de la inteligencia y del progreso, que es también el de la ciencia y de la fe.

EL DOCTO – Hay bondad y verdad en lo que decís, pero quizás concedéis demasiado a la fe y no bastante a la ciencia; la ciencia no acepta los milagros que atribuíis al magnetismo o a la magia, no admite vuestras pretendidas ciencias ocultas. Los prodigios, para ella, no existen; no supone que algo se haga fuera de las leyes de la naturaleza.

ELIPHAS LEVI – No lo supongo tampoco yo, pero no veo que todas las leyes de la naturaleza sean conocidas ni que aquellas mismas que se conocen, hayan sido estudiadas todavía lo suficiente, sobre

todo en sus aspiraciones particulares. Mientras que hechos ciertos e incontestables no hayan sido explicados, la ciencia no habrá dicho la última palabra.

EL DOCTO – No hay hechos ciertos e incontestables sino los hechos científicos.

ELIPHAS LEVI – ¿Cuáles son los que llamáis científicos?

EL DOCTO – Llamo científicos los hechos que se producen y deben producirse en virtud de ciertas leyes determinadas por la ciencia.

ELIPHAS LEVI – Así que, según vos, ¿los fenómenos eléctricos no eran ciertos e incontestables antes que la ciencia hubiera reconocido la existencia de la electricidad?

EL DOCTO – No, sin duda, porque ellos no pertenecían todavía a la ciencia, que es la única que da la certidumbre; había que estudiarlos con prudencia, pero no se tenía el derecho de afirmarlos positivamente.

ELIPHAS LEVI – Y bien, concederme por las ciencias ocultas, el que se las deba estudiar con prudencia, porque dudo, como vos, que puedan jamás afirmarse positivamente; las ciencias ocultas son una religión y la religión no debe nunca confundirse con la filosofía.

EL DOCTO – Decid entonces que sois un místico y no toméis el título de docto.

ELIPHAS LEVI – Es un título que se me ha dado a veces, misticismo no obstante, llamadme místico si os parece bien, ya razonable y ésta es una cualidad que difícilmente armoniza con él pero yo no lo he aceptado nunca y no lo pretendo todavía; soy que escribo misterios de la naturaleza; no me ofenderé; amo y estimo demasiado la ciencia para querer disgustarme con aquéllos que la representan y la honran.

SEPTIMO DIALOGO

EL SACERDOTE – Vengo a vos como a un cofrade desviado y os conjuro en nombre de vuestra salud eterna a recogeros en vos mismo y a pensar en las promesas que habéis hecho a la Iglesia.

ELIPHAS LEVI – Esas promesas eran mutuas, padre, y no he sido yo quien se retiró de la Iglesia; es ella que se retiró de mí sin tener otra cosa que reprocharme que mi gran amor por la verdad y la justicia.

EL SACERDOTE – La verdad es lo que la Iglesia enseña. La justicia es la obediencia a sus mandamientos.

ELIPHAS LEVI – La Iglesia no puede enseñar otra doctrina que la del Evangelio; no puede ordenar nada que sea contrario a la moral: estoy, pues, de acuerdo con ella. Abandonado por aquéllos que debían protegerme y conducirme, he retornado a la vida laica sufriendo todas sus consecuencias, pero de espíritu y de corazón quedo ligado a la Iglesia.

EL SACERDOTE – ¿Podéis decir semejante cosa cuando todo el mundo sabe que sois profesor de Cábala y de Magia, cosas que horrorizan a la Iglesia? ¡Cuánto osáis explicar filosóficamente nuestros santos misterios y hacer del mismísimo salvador del mundo una especie de personaje ficticio y mitológico semejante a Osiris y a Khrisna!

ELIPHAS LEVI – ¿Permitís la lectura de mis libros a vuestras penitentes, padre?

EL SACERDOTE – No, por cierto.

ELIPHAS LEVI – No frecen entonces peligro para ellas, pero pueden desarmar a los enemigos del Cristianismo mostrándoles la razón velado donde creían ver la locura. Amo a la Iglesia como se quiere a una vieja madre decrepita y caída en el infantilismo; la veo debilitada por la edad y no temo que muera porque creo en la transfiguración próxima. Ella ha acumulado a su alrededor toda la leña seca de los antiguos prejuicios y sobre esta hoguera va consumiéndose como Hércules o como el fénix de la fábula para renacer inmortal; el próximo concilio será una palingenesia, será una oración fúnebre y una apoteosis, el fin de la Iglesia Romana y el comienzo de la catolicidad universal.

EL SACERDOTE – La Iglesia será lo que es o no será más, pero Dios le ha prometido la Eternidad.

ELIPHAS LEVI – Sólo Dios es eterno; la letra mata y muere, y el espíritu vivifica. ¿La sinagoga no se afirmaba también inmortal? ¿El templo de Jerusalén no debía durar tanto como el Sol? ¿La ley de Moisés no era perfecta e inmutable? ¡Ay, padre mío, cuando los ciegos se vuelven conductores de los ciegos, caen con ellos en el precipicio! Esto lo dijo uno más sabio que yo.

EL SACERDOTE – Veis bien que, como los materialistas y los ateos, creéis en la destrucción próxima y necesaria de la Iglesia.

ELIPHAS LEVI – No, padre, creo en su nacimiento próximo, porque, hasta ahora, no ha perdido la envoltura de las instituciones y de los prejuicios del viejo mundo; su concepción es inmaculada, pero los trabajos del alumbramiento serán largos y penosos; necesita luz, necesita razón, necesita la ciencia de la naturaleza que es la ley misma de Dios y, para que tenga todo esto debe desprenderse de las tradiciones del fariseísmo moderno y de las tinieblas de la falsa teología; debe ser visitada por el espíritu del buen consejo que invocáis en vuestra liturgia, *¡veni creator spiritus!*

EL SACERDOTE – Este espíritu no es el de los practicantes de magia.

ELIPHAS LEVI – Es el de los magos que vinieron de Oriente guiados por una estrella. No juzguéis, oh padre, lo que no conocéis y si queréis criticarme razonablemente, leed primero mis libros.

EL SACERDOTE – No se critican autores como vos; se queman.

ELIPHAS LEVI – He ahí vuestro último argumento, el de los inquisidores.

EL SACERDOTE – Hablo sólo de vuestros libros; en cuanto a vos, es el infierno el que os quemará.

ELIPHAS LEVI – ¿No notáis que hablando así me maldecís? Pues bien, yo os bendigo y viéndoos atizar así, para mí, por vuestra cruel esperanza, el fuego del infierno pienso en Juan Huss que, viendo una pobre vieja traer leña para su hoguera, exclamó *¡Santa simplicitas!* ¿Cuál de vosotros dos es más cristiano?

EL SACERDOTE – Dado que tomáis el bien por el mal y el mal por el bien, os dejo con vuestro empecinamiento.

ELIPHAS LEVI – Y yo, como no he podido iluminaros, me veo obligado a dejaros con vuestra ceguera voluntaria.

NOVENO DIALOGO

EL ESPIRITISTA – He leído vuestros libros sobre la ciencia de los espíritus y de buena gana lo llamaría la ignorancia de los espíritus. Negáis su intervención en fenómenos cuya evidencia os confunde y sin embargo, admitís, casi completamente, la doctrina que ellos nos enseñan.

ELIPHAS LEVI – Niego sólo todo lo que no se puede admitir razonablemente; atribuyo, como vos, una gran importancia a los fenómenos del imán humano y de la fotografía astral; reconozco que se puede determinar, observándolos, las grandes corrientes de la imaginación y del pensamiento colectivos; ellos nos inician en los misterios de la transmisión simpática de las ideas. Como no creo en la muerte, creo que las ideas nos sobreviven, y que las de los fallecidos pueden mezclarse todavía a las de los vivos; pero no creo que los pretendidos muertos puedan revelarnos nada de los secretos de la otra vida, porque la naturaleza para impedir que recaigan aquellos que ella eleva, cierra bajo ellos las puertas que les hace trasponer.

Los que vivieron entre nosotros, aún viven con nosotros, pero sólo por los recuerdos que dejaron y que son todavía sus recuerdos; no pueden hablarnos más que nuestro lenguaje y nosotros no comprenderíamos el del cielo.

No creo tampoco que los inmortales estén en condiciones de hablarnos en otra forma que por la comunicación íntima de los pensamientos; liberados de la materia inerte y pensante, se dirigen a lo que hay en nosotros de más sutil y de más puro; ellos no tienen necesidad de mezclarse a los vapores espesos del antro de Trofonios ni a los vapores malsanos de las mujeres histéricas o de esos hombres propensos a la catalepsia que llamáis mediums.

Si seres que tienen la apariencia de la inteligencia, se comunicaran con nosotros por tales medios, no podrían ser sino larvas impuras o esbozos espirituales muy inferiores a la humanidad.

No os hablaré de los numerosos casos de alineación mentestariais, determinados por las prácticas del espiritismo, pues me contestarías, con razón, que las religiones en general y la católica en particular, los han producido quizás, en mayor número; pero os haré notar que vuestras evocaciones no son más que un retorno a los antiguos oráculos del paganismo que, desde hace diez y ocho siglos, el genio del cristianismo había hecho callar en todo el mundo. Ahora bien, esta exhumación del pasado no podría tener los caracteres del progreso en el cual todos creemos; sería lo mismo –como en un cuento de Edgard Poe- tratar de galvanizar las momias; el cristianismo, siendo la más espiritualista de todas las religiones, debía facilitar y volver más frecuentes las comunicaciones de los espíritus de ultratumba con los vivos, y es lo que ha hecho por la comunión de los santos y la unidad de las tres Iglesias, la Iglesia triunfante, la Iglesia militante y la Iglesia sufriente. Entonces han cesado los prestigios de los demonios, es decir, de los espíritus desconocidos y equívocos que se manifiestan por convulsiones y se complacen en los vapores. Cuando la humanidad carece de religión, tiene delirio como un hambriento falto de pan y de ahí por qué, ahora que la fe está casi extinguida en el mundo, los fantasmas vuelven a hacerse escuchar.

EL ESPIRITISTA – Los espíritus que calificáis de fantasmas predicán, como vos, la caridad, la religión universal y la salvación de todos los hombres.

ELIPHAS LEVI – Son ideas que están en el aire, si puedo expresarme así; pero ¿predican ellos la organización de caridad, forman hermanas de caridad que puedan compararse a las de San Vicente de Paul? ¿Sustituyen la jerarquía católica por una jerarquía nueva? ¿Son vuestros sonámbulos, santos, y vuestros médiums apóstoles? ¿Tenéis sacramentos que dan la gracia y hacen tocar y gustar

a Dios? Sois visionarios como los gnósticos, como los iluminados, como los convulsionarios que no han probado nada. Tomáis fenómenos naturales por milagros, consultáis oráculos ocasionales y escucháis las voces del eco sin tener en cuenta la tradición, la transmisión legítima de los poderes y la autoridad apostólica.

EL ESPIRITISTA – Todo eso pertenece al pasado y vos mismo no lo creéis más; sonreís pensando en los inquisidores que han condenado a Galileo e igualmente os horrorizan San Pío V y Torquemada.

ELIPHAS LEVI – El mal que ha hecho aquella gente estaba lejos de conformarse a la doctrina de los apóstoles. Porque pueda suceder a un cirujano inhábil cortar la arteria de un enfermo queriendo sangrarlo, ¿habría que condenar y proscribir la cirugía?

La religión de los padres de la iglesia no es la de Torquemada y el humilde San Francisco de Sales no habría condenado a Galileo.

Sí, por cierto, creo en la caridad universal; sí, espero la salvación de todos los hombres, porque reverencio el dogma universal y porque el Salvador del mundo ha dado su sangre para todos los hombres. Creo en la verdad de la fe de todos los santos y en el triunfo de la paciencia de los mártires, porque tantas virtudes no pueden haber sido vanas, porque una esperanza tan heroica no puede haber sido engañosa; creo que nuestros hijos, cuando hacen su primera comunión con toda la pureza de su corazón y con todo el fervor de su inocencia, reciben realmente lo que ninguna otra religión sabría darles; ante los prodigios siempre renacientes de la caridad, mi corazón se prosterna y adora.

Sí, yo creo en Dios que hace correr las lágrimas de San Agustín y los torrentes de elocuencia de San Juan Crisóstomo y de Bossuet. Creo en el Dios de San Vicente de Paul y de Penelón, en el Dios de los sacramentos eficaces de la comunión de los santos y de la venerable jerarquía, creo, en una palabra, en el Dios de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, a pesar de los escándalos de Roma y la sangre que mancha todavía la espada de San Pedro, clavado con la cabeza hacia abajo sobre la cruz que no ha sabido mantener levantada, expiará su negación y su arrebató sacrílego, pero la doctrina del Salvador triunfará a pesar de los sucesores de Caifás y los imitadores de Judas; he aquí mi fe y mi esperanza.

EL ESPIRITISTA – ¿Es ésta vuestra caridad? Me parece que, para un fiel hijo del Papa, tratáis a vuestro padre bastante mal; que tenéis ojeriza a este pobre Veillot y que os preocupáis bastante poco del dominio temporal de la santa Iglesia. En todo esto, a mi parecer, tenéis razón, pero obedecéis, como nosotros, a una inspiración independiente y particular; creéis en vuestro propio espíritu y estáis más expuesto a extraviaros que nosotros que tenemos fe en comunicaciones milagrosas del otro mundo.

ELIPHAS LEVI – Creo en razonamientos irrefutables y vos creéis en visiones muy discutibles.

EL ESPIRITISTA – Muy bien; si hubiera medida, tendríamos dos versos.

ELIPHAS LEVI – Sí, del tipo de aquéllos que escriben vuestras mesas parlantes.

EL ESPIRITISTA – ¿Tenéis el derecho de burlaros de ellas?

ELIPHAS LEVI – ¿De las mesas parlantes? Un poco, y creo, que vos no me acusaréis, lo espero, de fallar en esto, a la caridad, porque no reconozco a los muebles como hermanos míos.

EL ESPIRITISTA – Si os burláis de nuestras “tábulas”. Nosotros nos burlaremos de vuestras fábulas.

ELIPHAS LEVI – ¡Ah misericordia! Y que Allan Kardec venga en nuestra ayuda; he aquí que os volvéis merium versificador.

EL ESPIRITISTA – No, hablemos seriamente; afectáis tomarnos por locos y somos más razonables que vos. Voy a daros una prueba. Vos admitís la jerarquía y, por consiguiente, la autoridad de la Iglesia católica romana, lo que no os impide creer diametralmente lo contrario de lo que ella enseña.

ELIPHAS LEVI – La armonía resulta de la analogía de los contrarios. Toda luz que manifiesta una forma, debe necesariamente proyectar una sombra. Creo en la sombra porque creo en la luz.

¿La liturgia católica no aplica a la Iglesia esta palabra de la Esposa del Cántico: “Me he sentado a la sombra del árbol que amaba y he saboreado sus frutos”, ¿no dice ella en su oficio: “Señor, protégenos con la sombra de tus alas”?

¿La nube que guiaba a los hebreos no era luminosa de un lado y tenebrosa del otro? Y cuando Dios se dejó ver, es decir, comprender por Moisés bajo el símbolo de la forma humana, ¿no le dijo: “Pasaré frente a ti y entonces te velarás el rostro; después, cuando haya pasado, mirarás y verás lo que está detrás de mí, es decir, mi sombra”?

¿No comprendéis esta cabeza de luz y esta cabeza de sombra que son el reflejo una de la otra, en los magníficos símbolos del Sophar y que explican todos los misterios de la religión universal?

EL ESPIRITISTA – Confieso que no comprendo muy bien.

ELIPHAS LEVI – Si comprendierais, no serías más un espiritista, seríais un iniciado; por lo tanto, en lugar de consultar mesas en las que no se pueden encontrar otros espíritus que el espíritu de madera, rogad al espíritu de la inteligencia para que os abra el entendimiento y estudiad la Cábala.

DÉCIMO DIALOGO

EL INICIADO – He estudiado la Cábala y no podría compartir la ley católica romana.

ELIPHAS LEVI – ¿Por qué?

EL INICIADO – Porque las llaves de San Pedro dejaron de ser las de la verdad.

Porque la jerarquía de esa Iglesia es artificial y no real.

Porque es despótica y no fraternal; porque es material y no espiritual.

Porque los conductores de los ciegos son, ellos mismos, ciegos.

Porque la fe ciega del rebaño se justifica sólo por la fe iluminada y por la ciencia del pastor.

Porque ella (La Iglesia Romana) sacrifica descaradamente sus intereses espirituales a los intereses temporales.

Porque abjura públicamente el espíritu de la caridad, autorizan y aún tolerando polemistas tales como Luis Veuillot y otros blasfemadores.

De lo cual concluyo que este cuerpo eclesiástico ha perdido la eficiencia de su ciencia y que está desprovisto al mismo tiempo de religión y de fe.

ELIPHAS LEVI – ¿Renunciaremos a la ciencia porque existen ignorantes? ¿Y habrá que abandonar la religión porque ciertas gentes la entienden y la practican mal?

EL INICIADO – El mundo está cansado de los absurdos dogmáticos.

ELIPHAS LEVI – ¿Son ellos comparables a los absurdos del materialismo? Pero yo hablo a un iniciado que sabe que el ocultismo, es decir, la absurdidad aparente, es la esencia misma de cualquier dogma. Aquéllos de la tabla Esmeralda son más oscuros y más absurdos en apariencia que los del símbolo de los apóstoles. Los libros herméticos como el Apocalipsis y las visiones de Ezequiel parecen completamente inexplicables y es por eso que han llegado hasta nosotros. Si hubieran sido comprendidos, habrían causado revoluciones en el mundo y se los habría suprimido. Conocéis la historia de San Pablo quemando los libros de magia de Efeso, de Omar incendiando la Biblioteca de Alejandría y del inquisidor lanzando los libros y los autores al fuego.

El dogma es el enigma de la Esfinge. Aquéllos que adivinan deben callarse y ocultar a los envidiosos que ellos se han vuelto reyes y sacerdotes. Aquéllos que no adivinan son devorados por el monstruo.

EL INICIADO – Entonces hay que hacer como Edipo. Es preciso obligar al monstruo a precipitarse al abismo.

ELIPHAS LEVI – Y recomenzar la guerra de Tebas y el exterminio de los hermanos enemigos. Quitad la religión al mundo y los hombres se desgarrarán entre ellos; los fuertes aplastarán a los débiles, los pobres matarán a los ricos. ¿No oís, a medida que la fe se debilita, cómo ruge la guerra social en la sombra? Creedme, cuando los cirios del altar se extingan, se verán encenderse las antorchas de la conflagración universal.

EL INICIADO – ¿No creéis, pues, en la razón humana?

ELIPHAS LEVI – La razón sin fe no aconseja la abnegación y no admite el sacrificio. El hombre es egoísta por razón; no es grande y generoso sino por creencia.

EL INICIADO – Pienso como vos. Creer en el honor, creer en el amor, creer en la virtud, es creer en Dios y desearía expandir en el mundo entero esta fe saludable. El teísmo, en nuestra época, basta para el mundo.

ELIPHAS LEVI – Esto era bueno decirlo en el tiempo de Juan Jacobo Rousseau, hoy haría reír de piedad a los discípulos de Proudhon. No hay ya medio lógico entre estos dos términos; ateísmo o religión revelada. Ahora, vos sabéis bien que existe una revelación, vos a quien se ha mostrado sobre qué piedra viva está colocada la ciudadela de la Tebas invisible, vos que comprendéis los símbolos de la nueva Jerusalén.

EL INICIADO – Sí, sé que existe una revelación cuyos fieles ha perseguidos siempre la Iglesia Romana.

ELIPHAS LEVI – Decid los infieles, es decir los indiscretos y los profanadores del simbolismo oculto.

EL INICIADO – ¿Llamáis infieles o indiscretos a Vanini, a Giordano Bruno y a Savoranola? ¿A los templarios castigados de muerte y a los francmasones excomulgados? ¿Apreciáis los horribles suplicios soportados por Campanella? ¿Amáis a los Dragonadas? No, en verdad. No, estoy seguro. Y bien, no tengáis vergüenza en decirlo y proclamarlo altamente. Seréis excomulgado, quizás, pero os comportaréis como hombre de bien.

Creedme, hermano, no os hagáis el desgraciado abogado de una causa perdida para siempre. Los que quieren quedar fieles, como Catón de Itica, a los que los dioses abandonan, pronto se ven reducidos a arrojarse sobre su propia espada y a desgarrarse las entrañas. ¡Desgracia para los hombres que se obstinan en permanecer en el templo cuando los dioses se van! ¿Creéis que el mundo, es decir, el mundo inteligente e iluminado por la ciencia, volverá jamás al Dios, del infierno para las multitudes del cielo para un pequeño número de privilegiados ignorar, al Dios que proscribía la razón, la ciencia y la libertad? ¿No sentís que el verdadero Dios de estar de acuerdo con la naturaleza que es su ley y con la humanidad que es su hija? ¿Era justo el dios de Moisés cuando favorecía a un solo pueblo entregando las otras naciones al anatema; y el Dios de los cristianos no condena todavía a la mayoría de los habitantes del universo? ¡Qué monstruosa invención este infierno abriendo su fauce inmensa y devorando el río casi entero de las generaciones sucesivas y esto por el capricho de un Dios que se hizo crucificar para redimir a los hombres! Basta, os digo, basta de esas creencias bárbaras ... No reinarán más sobre nosotros porque están muertas para siempre. Deseáis quizás, para cumplir no sé qué sueño filial, sepultarlas con honor; pero, ¡tened cuidado! la tierra es movediza alrededor de la fosa que ellas se han excavado y vos podrías caer con ellas.

ELIPHAS LEVI – No temo la muerte; porque mi esperanza está llena de inmortalidad y, mientras que Dios no me revela un dogma nuevo, me atendré al de la Iglesia, desprendiéndome de las sombras de las letras e invocando la luz del espíritu.

EL INICIADO – ¡Un dogma nuevo! ¿Podéis ignorar que este dogma existe ya en todas las inteligencias cultivadas? Vos mismo lo habéis formulado y yo podría escribir su símbolo con extractos de vuestras obras.

Creemos en Dios, principio de todo ser, de todo bien y de toda justicia inseparable de la naturaleza que es su ley y que se revela por la inteligencia y el amor.

Creemos en la humanidad, hija de Dios, cuyos miembros son solidarios unos de otros, de manera que todos deben contribuir a la salvación de cada uno y cada uno a la salvación de todos.

Creemos que para servir a Dios, es necesario servir a la humanidad.

Creemos en la reparación del mal y en el triunfo del bien en la vida eterna.

ELIPHAS LEVI – ¡Amén! Este es el puro espíritu del Evangelio y no es un dogma nuevo; es el resumen de todos los dogmas. Es la síntesis dogmática de la religión eterna, pero pretendo y podría demostrar, si fuera preciso, que este símbolo explica todos los otros sin destruirlos y se volverá un día el de la catolicidad verdaderamente humanitaria y universal.

RESUMEN GENERAL

Por definiciones y aforismos

CAPITULO I LA RELIGIÓN

I

El paraíso del alma es la razón satisfecha; su infierno es la locura irritada.

II

El Dios de la razón es, él mismo, la razón luminosa de las cosas. El dios de la locura es la sin razón oscura de los sueños.

III

Decir que Dios se revela a la locura para confundir la razón, es como si dijera que el sol se revela a la noche para confundir la luz.

IV

Dios se revela por leyes y en leyes que no cambian jamás. El es implacable porque no se irrita jamás. No sabría perdonar porque jamás se venga.

V

El mal no es más que el aborto del bien. Se puede morir a consecuencia de un aborto y si la mujer lo ha provocado por imprudencia, está ya bastante castigada.

VI

El diablo es la locura atribuida a Dios. Es Dios que parece afirmarse malvado mediante un plenipotenciario surgido de la pesadilla de la locura humana.

VII

El milagro es la locura atribuida a la naturaleza. La naturaleza no podría infringir la menor de sus leyes sin caer toda ella en la demencia.

VIII

Si un solo grano de polvo pudiera moverse contrariamente a las leyes de la atracción y de la gravedad, la cadena de la armonía universal se quebraría y nada del mundo subsistiría más.

IX

La Biblia es la filosofía de los antiguos, escrita en enigmas y en parábolas a la manera de los poetas orientales.

X

La Cábala es la fórmula cifrada de la hipótesis divina. Los misterios son los teoremas de su álgebra. Es simple como dos y dos son cuatro, clara como las cuatro reglas de la aritmética y oscura para los ignorantes como la tabla de logaritmos o el binomio de Newton.

XI

Dios es el gran silencio del infinito. El mundo todo habla de él y para él nada de lo que se diga, lo representan tan bien como su silencio y su calma eternas.

XII

La ley es rigurosa; es necesaria; no puede no ser; no puede ser distinta, de lo que es, dados los fenómenos del ser y de la vida. Ahora bien, el ser es, y, para asignarle una causa; es inútil imaginar otro ser. Pero hay que reconocerle una razón y ésta razón es lo que llamamos Dios.

XIII

Todos los males del alma humana provienen del temor y del deseo. Las amenazas y las promesas son los grandes medios de corromper y de embrutecer a los hombres. El dogma que anuncia el privilegio y que amenaza con un castigo exorbitante monstruoso y sin fin a las multitudes ignorantes, no es ni divino, ni humano, ni razonable, ni civilizado.

XIV

Desde el reino de Constantino hasta nuestros días, el Cristianismo oficial no ha sido sino un ensayo cada vez más desgraciado para conciliar las luces del Cristianismo con las tinieblas del antiguo mundo.

XV

El Evangelio no es el día, es una bella noche llena de resplandores crepusculares; es un cielo centelleante de estrellas.

XVI

Dios es el espíritu, y aquéllos que de hoy en adelante lo adoran deberían hacerlo en el espíritu y en la verdad. He aquí una estrella fija que, aproximándose, se vuelve un sol. Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen; he ahí a la humanidad real que se muestra más grande que la divinidad ficticia.

No tenéis sino un Maestro que es Dios y sois todos hermanos; esto es un cometa que amenaza a los sacerdotes y reyes del viejo mundo.

Que aquél que esté sin pecado, lance a esta mujer la primera piedra; esto es el fulgor crepuscular del sol de la justicia.

Jesús no se presenta a sí mismo como siendo el espíritu de verdad; anuncia solamente que este espíritu vendrá.

XVII

El espíritu de verdad explica todo y no destruye nada. Explicar es transformar. En la naturaleza todo se transforma, nada se destruye; lo mismo sucede con la religión.

El antiguo testamento se explica por el nuevo y el nuevo por la reforma social que es la caridad transformada en solidaridad.

XVIII

En el Edén fructificaban dos árboles; el árbol de la ciencia y el árbol de la vida; el árbol de la ciencia es la razón y el árbol de la vida es el amor que produce la fe. La razón sin la fe es la muerte del corazón. La fe sin la razón es la locura creadora del infierno, es el aniquilamiento del espíritu.

XIX

El árbol de vida que es el de la fe, no tiene más que una raíz y un tallo. Tiene sus primaveras y sus inviernos. Tiene hojas y flores que caen. No digáis que el árbol está muerto cuando se despoja; reverdecerá en primavera. No intentéis cortarlo porque sus flores están marchitas; esperad que dé sus frutos.

XX

Fuera de las matemáticas puras, todo no es verdadero sino proporcionalmente, relativamente y progresivamente.

XXI

Discutir contra los locos es insensato; contrariarlos o burlarse de ellos es inhumano; solamente es necesario impedirles hacer daño.

XXII

Irritarse contra el desorden es un desorden; hacer el orden y el desorden cesará.

XXIII

Proclamar altamente la razón en medio de los locos es hacer un acto de locura. Tener razón contra todos es estar equivocado ante la sociedad; he aquí lo que justifica la retractación de Galileo.

CAPITULO II

LA MORAL

I

El mal en la naturaleza es una enfermedad de crecimiento. El dolor es el auxiliar del alumbramiento.

II

La pena no es una venganza, es un remedio. La expiación no es una servidumbre, es un tratamiento.

III

La pena del pecado es la muerte. Ella es el remedio a las miserias humanas que son el pecado de la naturaleza.

IV

La vida es eterna. La muerte que, en su ideal, es la negación de la vida, no puede ser, pues, sino aparente y transitoria.

V

La muerte pasajera no es sino un fenómeno de la vida eterna análoga al del sueño o al del despertar. Una buena noche es la consecuencia de un día bien empleado.

VI

El fenómeno de la muerte realiza sólo los grandes problemas de la tierra: libertad, igualdad, fraternidad y solidaridad.

VII

La muerte es la liquidación final de las deudas de la solidaridad humana.

VIII

Porque la muerte es la pena más fuerte y la sufren todos sin haberla merecido, igualmente hay reversibilidad del mérito de unos sobre el demérito de otros.

IX

Quien paga sus deudas, se enriquece; quien paga la de los otros se ennoblece.

X

Hacer el bien es una felicidad y un honor, y Dios no debe a los justos más recompensa que las que el Estado debe a los que hacen fortuna.

XI

Hacer el mal es una desgracia y una vergüenza, y la bondad suprema debe a los malvados medios de reparación, porque ella es todopoderosa.

XII

Nadie tiene el derecho a castigar; solamente la ley es la que castiga.

XIII

El diablo es el bastardo del Dios vengador. El redentor es el hijo legítimo del Dios justo.

XIV

La moral es esencial, absoluta, universal, natural; pero no es independiente porque depende de la ley.

XV

Una Sociedad que, para conservarse, se ve obligada a cortarse un miembro, es una Sociedad gangrenada. Pero la humanidad, que es inmortal no admite mutilaciones.

XVI

Puesto que Dios es la vida del gran cuerpo de la humanidad, si la mayoría de los hombres pudiera ser condenada, se podría decir que Dios es el infierno.

XVII

Si un solo hombre pudiera ser reprobado sin remedio y sin esperanza, la redención sería una mentira y la creación una monstruosa injusticia.

XVIII

“Amaos los unos a los otros” no quería decir: “Excomulgao y condenaos los unos a los otros”.

XIX

La catolicidad verdaderamente universal he ahí la razón y la verdad. El catolicismo exclusivamente romano, he aquí el absurdo y la mentira.

XX

Haced a los otros, no lo quisierais que se os hiciera, sino lo que debéis querer que se os haga, y no les hagáis lo que sería injusto hacerlos.

XXI

La humanidad dirigida por la justicia y la justicia temperada por la humanidad, he ahí toda la moral.

CAPITULO III

LA NATURALEZA

I

La naturaleza es inconsciente de sí misma. No es evidentemente un maquinista, es una máquina maravillosa pero ciega.

II

Es como un balancín sometido al movimiento, que acuña medallas admirables cuando la materia es buena, que da esbozos confusos y deformes cuando la materia es mala.

III

La materia obedece al espíritu con una resistencia proporcional a la debilidad de la acción.

IV

La fuerza de la acción regular está en razón directa del desarrollo de la voluntad libre en el motor inteligente.

V

El infinito crea infinita pero progresivamente; de otro modo lo increado se crearía infinitamente a sí mismo, lo que es absurdo.

VI

El progreso infinito es la falta corrigiéndose eternamente.

VII

El infinito increado y lo finito infinitamente creado son como líneas asíntotas que se acercan eternamente sin poder nunca tocarse.

VIII

El infinito obrando en lo finito lo hace necesariamente de una manera relativamente finita, es decir, imperfecta, pero siempre absolutamente perfecta en las relaciones de lo finito con lo infinito.

IX

La naturaleza no pone jamás en juego sino las fuerzas necesarias para vencer proporcionalmente la resistencia.

X

La resistencia es a la fuerza como el punto de apoyo es a la palanca.

XI

La ley del progreso lento y regular es una ley universal de la Naturaleza.

XII

Lo que dirige y necesita el progreso es la perfección existente en toda cosa en estado latente.

XIII

En toda la naturaleza la perfección en estado latente es el pensamiento de Dios. La naturaleza es un reloj que Dios ha armado.

XIV

Ella puede adelantar o retrasar por la fatalidad de sus rodajes materiales, pero no se detiene jamás porque su movimiento es el genio del relojero supremo.

XV

El principio creador y regulador se manifiesta en la naturaleza como una inteligencia latente que se hace luz a través de los obstáculos y no puede sino por estos mismos obstáculos limitar su infinito para hacerle producir la forma finita.

XVI

La naturaleza sería imperfecta y, por consiguiente, indigna de Dios, si fuera estacionaria. Pero su misma imperfección necesita el progreso y el progreso es la condición necesaria de la vida eterna.

XVII

La vida es como una rueda que gira. Cuando se llega a lo alto, a menos que uno se desprenda de la rueda para lanzarse en el espacio, es absolutamente necesario volver abajo.

XVIII

La vida es colectiva para los seres imperfectos; se vuelve progresivamente personal por el perfeccionamiento.

XIX

El fuego eterno donde son rechazados los imperfectos es la vida colectiva e inferiormente progresiva.

XX

Cuando el ser imperfecto se afirma como finito, se cree perfecto porque siente vivir en él, el principio eterno de la perfección progresiva.

XXI

Todo ser imperfecto muere por su imperfección, porque esta imperfección atestigua la necesidad imperiosa y fatal de una perfección mayor.

XXII

Cuando el ser imperfecto va a morir de decrepitud, es decir, de impotencia, la naturaleza rechaza todo lo que podría conservarlo en su imperfección actual. Eso es cierto para las religiones, los imperios, las civilizaciones y los hombres. Embalsamar y galvanizar los cadáveres es rendir culto a la muerte. Los que creen en la vida eterna no buscan inmovilizar la muerte; favorecen, por el contrario, el movimiento regenerador de la vida.

XXIII

Cuando el hombre envejece, pierde sus dientes, sus ojos se velan, sus pies y sus manos se embotan. Es que la naturaleza le quita los medios de conservarse.

Cuando los poderes deben caer, los gobernantes son atacados de incapacidad y de demencia. Rechazan a los hombres de talento y no escuchan sino a los malos consejos. Luis XVI consideraba solamente como amigos a los que lo empujaban a su pérdida. Roma ha condenado a Lamennais y rechaza con todas sus fuerzas la elocuencia del obispo Dupanloup, la ciencia y el valor del padre Gratry, etc. Pero favorece, alienta y aprueba a Luis Veuillot.

XXIV

La muerte no aniquila más que a lo imperfecto; es como un baño de fuego que separa de su aleación al metal puro.

Es por eso que el salvador del mundo da el nombre de fuego eterno a aquéllos limbos de la vida donde la imperfección necesita siempre la muerte.

XXV

Lo finito se desprende de lo infinito como por amputación. Los límites de lo finito son como una herida que la naturaleza se apresura a cicatrizar. Así se forman las cortezas que son la substancia material de los mundos. Se forman también cortezas sobre las creencias finitas. Son los dogmas materializados y las supersticiones que quieren inmovilizarse.

XXVI

Desde hace ciento cincuenta mil años y aún más, se suceden razas humanas sobre la tierra. Esas razas han diferido esencialmente unas de otras y han perecido por sus imperfecciones.

XXVII

Estas razas no han podido tener más que una responsabilidad relativa a su desarrollo. Cuando la naturaleza hace pobres, se encarga de pagar por ellos. Es por eso que se dice que Dios debía sufrir la muerte para expiar las faltas de los hombres, manera de hablar paradójal que revela una intuición osada de los secretos de la justicia eterna.

XXVIII

La raza actual perecerá como las otras y ya da signos de decrepitud. Los hombres que vengan después de nosotros serán superiores, como nosotros somos superiores al orangután y al gorila.

XXIX

Estos serán responsables porque serán libres y Dios no tendrá ya necesidad de morir.

XXX

La naturaleza es lenta en operar las transformaciones que sustituyen las viejas razas por las nuevas. Los pueblos nacen, crecen y envejecen. La decadencia de Roma se asemejaba a la nuestra, pero la raza humana no ha cambiado. La mayoría de los hombres carece de la lógica y de la justicia. Y, sin embargo, queremos todavía el gobierno de las mayorías.

XXXI

La naturaleza es aristocrática y monárquica. Los universos no tienen más que un sol, el hombre no tiene más que una cabeza y el león es siempre el rey del desierto.

XXXII

La verdad, la razón, la justicia, la ley, son rigurosamente desliars de la inteligencia del hombre. Basta, para esto, conocerlas póticas y nadie se sustrae impunemente a su autoridad. Donde no reinan ni la verdad, ni la razón, ni la justicia, ni la ley; es la fuerza fatal que decide, pero siempre siguiendo la ley de un equilibrio providencial.

XXXIII

Las fuerzas fatales de la naturaleza pueden volverse los auxizas humanas son las fuerzas colectivas. Pero estas fuerzas, para y saber dirigidas.

XXXIV

El hombre no puede nada cuando está solo. Las grandes fuerzas enteras, deben ser monárquicas, es decir, dominadas que fuese un hombre de genio, es una cabeza sin cuerpo. Una multitud no dirigida por una autoridad infalible y única, es un cuerpo sin cabeza.

XXXV

Es la confianza de los discípulos que hace la autoridad del maestro. Si un discípulo duda de la infalibilidad del maestro no debe venir más a la escuela. Es la confianza ciega de los soldados lo que hace la fuerza del general. Un soldado que cree que su general se equivoca, está en vísperas de desertar.

Los soldados obedientes son la fuerza de los ejércitos; los soldados razonadores y refractarios son su debilidad.

Para ser maestro hay que saber hacerse obedecer. Y, para esto, hay que magnetizar a las multitudes.

CAPITULO IV

EL MAGNETISMO

I

El magnetismo, en el hombre, es irradiación y atracción físicas, determinadas en una dirección por la fuerza moral.

II

Todos los seres irradian unos hacia otros y se atraen y se rechazan entre sí con una fuerza que puede ser aumentada, disminuida y dirigida por la ciencia.

III

El magnetismo universal no ha sido todavía examinado por la ciencia más que en sus manifestaciones astrales y metálicas.

IV

Por medio de la ciencia se componen imanes metálicos artificiales más fuertes que los naturales.

V

Se podría llegar al mismo resultado para todas las especialidades del imán.

VI

Se aumenta el magnetismo humano mediante el régimen y el ejercicio; se pueden hacer imanes humanos artificiales componiendo grupos y círculos equilibrados.

VII

Se magnetizan los impares con la izquierda y los pares con la derecha.

VIII

Se magnetizan los pares con la derecha y los impares con la izquierda.

IX

Los semejantes se rechazan y los contrarios se atraen.

X

Los imanes observados por la ciencia tienen dos polos y un centro. El imán humano representado por la estrella del pentagrama tiene tantos polos como centros. Los dos polos de la cabeza son los dos pies; los dos polos de la mano derecha son la mano izquierda y el pie izquierdo; los dos polos de la mano izquierda son la mano derecha y el pie derecho; los dos polos del pie derecho son la cabeza y la mano izquierda; los dos polos del pie izquierdo son la mano derecha.

XI

El imán humano es doble en cada sujeto: masculino, es decir, irradiando a la derecha y femenino, es decir, absorbiendo a la izquierda, con matices e irregularidades causadas por la diferencia de los hábitos y caracteres.

XII

Los sujetos en los cuales predomina el magnetismo irradiante son magnetizadores. Aquéllos en los que abunda el magnetismo absorbente son sujetos magnéticos.

XIII

Los magnetizadores, cuando no se sabe resistirles, pueden ser fascinadores y los sujetos magnéticos cuando no se les domina, se transforman fácilmente en vampiros entre los vivos.

XIV

Las mujeres irradiantes son las inspiraciones o los flagelos de los hombres débiles y las mujeres absorbentes son las Dalilas de los hombres fuertes.

XV

Un hombre y una mujer superiores no armonizarán nunca juntos. Víctor Hugo y George Sand hubiesen hecho muy mala pareja y de un ensayo de aproximación entre Benjamín Constant y Mme. De Stael nació la triste y bella novela de Adolfo. Para amar a Lelia hay que ser Stenio y resignarse a la muerte del espíritu y del corazón.

XVI

J.J. Rousseau obedecía a esta ley magnética cuando se casó con Teresa Levasseur. Teresa fue por largo tiempo para él una compañera suave y delicada; pero él la dejó ver tales debilidades que ella se creyó superior a él y se volvió despótica. Cuando lo creyó completamente loco prefirió un lacayo. Si se quiere permanecer señor con los débiles, no hay nunca que revelar debilidades ante ellos.

XVII

Dos personas forman una fuerza, tres forman un grupo, cuatro forman un círculo. En la escena simbólica de la transfiguración, Jesús al centro está polarizado en el cielo por Moisés y Elías, y sobre la tierra, San Pedro al centro está polarizado por Santiago y San Juan. Dos grupos reunidos forman un círculo perfecto.

XVIII

Doce hombres activos y resueltos a dar su vida para difundir la idea de un maestro pueden cambiar la faz del mundo; los apóstoles lo han demostrado haciendo milagros.

XIX

Hay necesidad de compadres para los escamoteadores y de creyentes para los profetas. Sin esto nada triunfa.

XX

Los hechiceros hacen verdaderos prodigios cuando están ayudados por la credulidad de los imbéciles.

XXI

Pero yo os lo digo, en verdad, taumaturgos pequeños y grandes, seáis profetas, embaucadores o hechiceros no os prestéis jamás al ridículo. Nada quiebra tanto los círculos magnéticos como una carcajada.

XXII

Un profeta al que se mata, resucita al tercer día; pero un profeta de quien se ríe, no es más que un loco o un juglar.

XXIII

Poncio Pilatos lo comprendió así cuando presentó a Jesús al pueblo disfrazado de rey de una casa de locos. Para impedir a este hombre ser un dios era necesario convertirlo en una figura ridícula; pero

los sacerdotes a quienes había herido de muerte querían sangre e hicieron de él un mártir. Todos saben lo que les costó esta falta.

XXIV

Garibaldi, el Roland de Palermo, el Don Quijote de Mentana, acaba de escribir una novela, se dice. No sé si este libro está bien o mal, pero terminará de una manera bastante burlesca la historia de Garibaldi. Que no sueñe más este héroe en conquistar los reinos, no podrá ya en adelante conquistar sino la isla de Barataria.

XXV

A partir del escandaloso y ridículo asunto del collar. Cagliostro no hizo ya nada maravilloso y acabó por ir tontamente a hacerse encarcelar en Roma, donde murió como charlatán después de haber sido gran copto.

XXVI

Los charlatanes gustan exhibirse y los verdaderos adeptos se ocultan. Con malabarismos se gana dinero; haciendo obras de ciencia se puede atraer persecuciones. No es a la luz que temen los sabios, es a las miradas y a las obsesiones de los locos.

XXVII

La razón existe en sí misma como las matemáticas puras. No está en el hombre: los hombres obran según sus sentimientos personales, que no son nunca la absoluta razón. Ahora bien, los sentimientos humanos se forman por la educación, por los consejos y por el ejemplo; es por esto que hay solidaridad entre los hombres y que Dios, es decir, la razón suprema, responde por todos ellos y debe salvarlos a todos. Es por esto también que las grandes pasiones contagiosas, y las fuertes voluntades soberanas entre los hombres.

XXVIII

Siendo la razón el límite contra el cual se quiebran fatalmente todas las aspiraciones de la locura humana, la gran mayoría de los hombres huye y detesta la razón. Se los apasiona furiosamente y se los ata invenciblemente divinizando para ellos la locura, porque encuentran en este sacrilegio la apoteosis de sus deseos.

XXIX

Un hombre sin pasiones no es nunca magnetizador porque no es un foco de embriaguez; puede calmar, pero no excita. Los verdaderos apóstoles de la razón no han hecho nunca prosélitos; la ventaja que tienen sobre los demás es que, si no arrastran a nadie, nadie tampoco los arrastra.

XXX

Poner una inmensa locura al servicio de una gran razón, ocultando la razón y decorando la locura, he aquí el secreto del éxito y del arrastre de las multitudes.

XXXI

Los sabios que mueren por la razón legan su ciencia a la locura. Se debe vivir para la razón, sirviéndose de la locura: *Hoc est arcanum magnum.*

XXXII

Es posible ligarse a la verdad pero sólo es posible apasionarse por la mentira, porque la pasión es el arrebató y la obstinación es lo absurdo.

XXXIII

Todas las religiones humanas tienen un lado verdadero y otro falso. Es por su lado falso solamente que inspiran el fanatismo.

XXXIV

Para hacer aceptar a los hombres una nueva verdad hay que envolverla con nuevas mentiras. Estos celos sucesivos son las llamadas revelaciones. Las revelaciones sucesivas son y deben ser una sucesión de mentiras, ya que la verdad no cambia. Decir que Dios se ha hecho judío con Moisés, después cristiano con Jesucristo, luego musulmán con Mahoma ... no es hablar seriamente.

XXXV

Las corrientes magnéticas van de un polo a otro pasando por el centro sin detenerse jamás en éste. La reacción es siempre proporcional a la acción, pero a veces la reacción gana en duración lo que pierde en intensidad. Después de un año de loco amor, se puede odiar fríamente durante veinte años.

XXXVI

El magnetismo del mal obra más rápidamente y más violentamente que el magnetismo del bien, pero se quiebra por su violencia misma, y el bien siempre triunfa. El bien es conservador y reparador, el mal es perturbador y destructor.

XXXVII

El magnetismo es la serpiente astral que promete a la mujer un poder divino y que la arrastra a la muerte. Es también la doble serpiente que se enlaza alrededor del caduceo de Hermes.

XXXVIII

El caduceo es el centro del equilibrio. Sed dueños de vosotros mismos y seréis señores de los otros. Sed equilibrados y seréis equilibrantes. La vara de Moisés es la misma de Hermes. Cuando la arroja se transforma en serpiente; cuando la vuelve a tomar, se convierte otra vez en vara. En esta alegoría hay que ver el gran secreto de la dirección del magnetismo.

XXXIX

Lo que irradia de nosotros bajo el imperio de nuestra voluntad vuelve a nosotros bajo el imperio de la fatalidad. Si es luz de vida nos immortalizará; si es fósforo de la muerte, nos hará morir ... quizás para siempre.

CAPITULO V

LA MUERTE

I

La muerte es la disolución necesaria de las formaciones imperfectas; es la reabsorción de los esbozos de vida particular en el gran trabajo de la vida universal. No es inmortal más que lo perfecto.

II

Es un baño en el olvido. Es la fontana de Juventud donde se sumergen por un lado los ancianos y de donde salen de la sombra los pequeños.

III

La muerte es la transformación de los vivos. Los cadáveres son las hojas muertas del árbol de la vida que, en primavera, tendrá todavía todas sus hojas. La resurrección de los hombres se asemeja eternamente a la de las hojas.

IV

Las formas perecederas están determinadas por tipos inmortales.

V

Todos los que han vivido sobre la tierra viven todavía en ella en los moldes nuevos de sus tipos, pero las almas que han depuesto su tipo, reciben en otra parte una forma nueva determinada por un tipo más perfecto, elevándose siempre en la escala de los mundos. Los malos vaciados son quebrados y su materia regresa a la masa común.

VI

Nuestras almas son como una música de la cual nuestros cuerpos son los instrumentos; la música subsiste sin el instrumento, pero no puede hacerse oír. Sin un mediador material, lo inmaterial es inconcebible e inaprensible.

VII

El hombre no guarda de sus existencias pasadas sino predisposiciones particulares en la existencia presente.

VIII

El pecado original por el cual Jesucristo responde, es la inocencia devuelta a todos los hombres. La responsabilidad ante Dios supone la perfección y el hombre perfecto es impecable.

IX

Las evocaciones son las condensaciones del recuerdo; es la colocación, mediante imágenes, de las sombras. Evocar aquí abajo a los que no están más, es hacer surgir su tipo de la imaginación de la naturaleza.

X

Para estar en comunicación directa con la imaginación de la naturaleza hay que estar en el sueño, en la embriaguez, en el éxtasis, en la catalepsia o en la locura.

XI

El recuerdo eterno no conserva más que las cosas imperecederas. Todo lo que pasa en el tiempo pertenece de derecho al olvido.

XII

La conservación de los cadáveres es una resistencia a las leyes de la naturaleza. Es un ultraje al pudor de la muerte que oculta sus obras de destrucción, como nosotros debemos ocultar las de la generación. Conservar los cadáveres es crear fantasmas en la imaginación de la tierra. Los espectros de la pesadilla, de la alucinación y del miedo no son sino las fotografías errantes de los cadáveres conservados.

XIII

Son los cadáveres conservados o mal destruidos los que esparcen sobre los vivos la cólera, la peste, las enfermedades contagiosas, la tristeza, el escepticismo y el fastidio hacia la vida. La muerte se exhala de la muerte. Los cementerios envenenan la atmósfera de las ciudades y las miasmas de los cadáveres vuelven raquíticos a los niños hasta en el seno de sus madres.

XIV

Cerca de Jerusalén en el valle de Gehenna, se alimentaba un fuego perpetuo para consumir las inmundicias y los cadáveres de los animales, y es a ese fuego eterno que Jesús hace alusión cuando dice que los malvados serán lanzados en el Gehenna, para hacer entender que sus almas muertas serán tratadas como cadáveres.

XV

El Talmud dice que las almas de los que no hayan creído en la inmortalidad, no serán inmortales. Sólo la fe da la inmortalidad personal; la ciencia y la razón no afirman sino la inmortalidad colectiva.

XVI

En el catecismo de los israelitas se lee: “Nosotros creemos en las recompensas y en las penas después de la muerte; pero no sabemos de qué naturaleza son estas penas y estas recompensas”. Positivamente, sobre esto, podemos conjeturar o abrazar creencias, pero no sabemos absolutamente nada y los cristianos razonables deben pensar como los israelitas. Ahora bien, si sobre esto no sabemos nada, no es necesario que lo sepamos. Hagamos, pues, este libro y vivamos en paz.

XVII

El pecado mortal es el suicidio del alma. Este suicidio tendría lugar si el hombre se entregara al mal con toda la plenitud de su razón con conocimiento perfecto del bien y del mal y con entera libertad; lo cual parece imposible de hecho, pero es posible de derecho, ya que la esencia de la personalidad independiente es una libertad limitada. Dios no impone nada al hombre, ni siquiera el ser. El hombre tiene derecho de sustraerse a la bondad misma de Dios y el dogma del infierno eterno no es más que la afirmación de la libertad eterna.

XVIII

Dios no precipita a nadie en el infierno. Son los hombres que pueden ir libremente a él, definitivamente y a su elección.

XIX

Los que están en el infierno, es decir, en las tinieblas del mal y en los suplicios del castigo necesario, sin haberlo querido absolutamente, están llamados a salir, y este infierno no es, para ellos más que el purgatorio.

XX

El réprobo completo, absoluto y sin retorno es Satán que es un ser sin razón, pero una hipótesis necesaria.

XXI

Satán es la última palabra de la creación. En lo finito, infinitamente emancipado. Ha querido ser semejante a Dios del cual es lo contrario. Dios es la hipótesis necesaria de la razón, Satán es la hipótesis necesaria de la sin razón afirmándose como libertad.

XXII

Para ser inmortal en el bien, hay que identificarse con Dios. Para ser inmortal en el mal, hay que identificarse con Satán. Tales son los dos polos del mundo de las almas; entre estos dos polos vegetan y mueren sin recuerdo los animales y los hombres inútiles.

CAPITULO VI

SATÁN

I

Satán es un tipo; no es una persona real.

II

Es el tipo opuesto al tipo divino y es en nuestra imaginación el contraste necesario. Es la sombra ficticia que nos vuelve visible la luz infinita de Dios.

III

Si Satán fuera una persona real, habría dos dioses y la creencia de los maniqueos sería una verdad.

IV

Satán es la ficción de lo absoluto en el mal. Ficción necesaria para la afirmación integral de la libertad humana que, por medio de este absoluto ficticio, parece equilibrar la misma omnipotencia de Dios. Es el más atrevido y, quizás, el más sublime de los sueños del orgullo humano.

V

Seréis como los dioses, conociendo el bien y el mal, dice la serpiente alegórica de la Biblia. En efecto, erigir el mal en ciencia es crear un dios del mal y si un espíritu puede resistir eternamente a Dios, hay no ya un Dios, sino dioses.

VI

Para resistir al infinito, es necesario una fuerza infinita. Ahora bien, dos fuerzas infinitas opuestas una a otra, se anularían recíprocamente. Si la resistencia de Satán es posible, el poder de Dios no lo es más. Dios y el diablo se destruyen mutuamente y el hombre queda solo.

VII

Queda solo con el fantasma de sus dioses, la esfinge híbrida, el toro alado que balancea en su mano de hombre una espada cuyos relámpagos alternados llevan la imaginación humana de un error al otro y del despotismo de la luz al despotismo de las tinieblas.

VIII

La historia de las desgracias del mundo es la época de la lucha de los dioses, lucha que no ha acabado, porque el mundo cristiano adora todavía un Dios del diablo y teme un diablo de Dios.

IX

El antagonismo de las potencias es la anarquía en el dogma. Por eso, a la Iglesia que dice: “El diablo es el mundo”, responde con una lógica horrorosa: “Dios no es”. Y sería en vano que para escapar a la razón, se inventara la supremacía de un Dios que permitiera al diablo perder a los hombres; una tal tolerancia sería una monstruosa complicidad y el Dios cómplice del diablo no puede existir.

X

El diablo dogmático es el ateísmo personificado.

El diablo filósofo es el ideal exagerado de la libertad humana.

El diablo real o físico es el magnetismo del mal.

El diablo vulgar es el compadre de Polichinela.

XI

Evocar al diablo es realizar durante un instante su personalidad ficticia.

XII

Para esto, es necesario exagerar en sí mismo, más allá de toda medida, la perversidad y la demencia, por los actos más criminales e insensatos.

XIII

El resultado de esta operación es la muerte del alma por la locura y frecuentemente la misma muerte del cuerpo fulminado por una congestión cerebral.

XIV

El diablo pide siempre y no da nunca nada.

XV

San Juan lo llama la bestia, porque su esencia es la imbecilidad humana.

CAPITULO VII EL OCULTISMO

I

¡Libertad, igualdad, fraternidad!, dice la democracia moderna. Sí, libertad para los sabios, igualdad entre los hombres llegados al mismo grado de la jerarquía humana y fraternidad para la gente de bien.

Pero servidumbre necesaria para los insensatos, jerarquía para la humanidad entera y guerra entre los egoístas y los malvados. He ahí las leyes de la naturaleza.

II

La humanidad está colocada sobre una escala inmensa cuyo pie se sumerge en las tinieblas y cuya cumbre se oculta en la luz. Entre estas dos extremidades, hay peldaños innumerables.

III

A los hombres de la luz las palabras claras, a los hombres de las tinieblas las palabras oscuras y a los intermediarios la discusión eterna de las palabras dudosas.

IV

Los hombres que están arriba son los videntes; los hombres que están abajo son los creyentes; los hombres del medio son los sistemáticos y los que dudan.

V

Los videntes son los sabios, los creyentes ciegos son los locos y los que dudan no son nada, pero oscilan entre la sabiduría y la locura, subiendo a veces, descendiendo otras y no hallándose bien en ninguna parte.

VI

Es necesario la verdad para los sabios, es necesario la duda para los razonadores, es necesario la fábula para los locos y los niños.

Contad una fábula a un sabio y verá en ella una verdad. Decir una verdad a un razonador y la revocará como duda; decid una verdad a un loco y la tomará como una fábula.

VII

No hay, pues, que hablar a todos los hombres de la misma manera.

VIII

He aquí por qué los dogmas religiosos deben ser oscuros y hasta absurdos en apariencia.

La religión de los sabios es la alta filosofía y la religión propiamente dicha reemplaza, para los locos, la filosofía de la cual son incapaces. En cuanto a los que dudan, no tienen ni filosofía ni religión.

Una religión cuyas fórmulas fuerzan razonables, sería inútil para los sabios y despreciada por los locos.

La mejor religión, es decir, la más apropiada a las necesidades de la estupidez humana, debe ser, pues, la más oscura y la más absurda de todas y es esto lo que hace la superioridad incontestable del catolicismo romano.

IX

Para los sabios, esta religión sublime es una hermana de Caridad. Para los locos, es la infalibilidad personal del Papa. Para los razonadores, es una estupidez ... muy fuerte, sin embargo, y más victoriosa que su pretendida razón.

X

No se da la religión a los locos por razones y virtudes; ellos precisan fórmulas ininteligibles y prácticas minuciosas que los ocupen sin que tengan necesidad de pensar. Y no se puede ni siquiera hacerles aceptar la razón sino bajo la máscara del misterio y de la locura. Si Moisés hubiera demostrado sabiamente a los judíos que la higiene es necesaria para la salud, los judíos habrían quedado llenos de parásitos y de lepra. En lugar de hacerlo, él les prescribió abluciones legales en ciertas horas y con ciertas ceremonias. Les dejó creer que Dios se ocupaba de sus vestimentas y de su vajilla. Es necesario purificar los vasos, quebrar los recipientes que se han impregnado de aire viciado o que han servido durante mucho tiempo, no tener relaciones con una mujer durante sus períodos, etc., etc. Todo eso únicamente porque Dios lo ordena y tales deben ser las prácticas de su pueblo privilegiado. Los rabinos han sobrepasado a Moisés y han dado a las observaciones legales un carácter de tiranía y de absurdidad que es la propia fuerza del Judaísmo y que lo ha hecho conservarse a través de las edades, a pesar de las persecuciones del fanatismo y los progresos de la filosofía. He aquí lo que deberían comprender los librepensadores.

XI

Cuando el Papa Pío IX, por haber ensayado conciliar la fe y el progreso, la religión y la libertad, se vio echado de su ciudad y de su silla por los compañeros de Garibaldi y los agitadores de Mazzini, vio que había recorrido un camino falso. Comprendió del absolutismo; que si la fe se relajaba, es porque tenía necesidad que si la autoridad eclesiástica se debilitaba, es porque carecía de más profundos misterios y de más inextricables absurdidades. Entonces canonizó a San Labre, proclamó a la Inmaculada Concepción y publicó el syllabus. El genio sacerdotal reconoció entonces en él su verdadero maestro y los obispos reunidos en Roma estuvieron dispuestos a proclamarlo infalible.

XII

Lo que la Iglesia precisa no son hombres de genio: son directores hábiles y sobre todo santos, es decir, magnetizadores entusiastas y observantes. Los hombres de genio no han sido nunca católicos, pues Bossuet era galicano. Fenelón quitista, Pascal jansenista, Chateaubriand romántico, Lamennais socialista y todavía ahora los que perturban la Iglesia son los hombres de talento: Monseñor Dupanloup, el obispo Strossmayer, el padre Cratry, el padre Jacinto, todos esos hombres notales que poseen el genio del siglo y no tienen el del sacerdocio.

XIII

Las opiniones humanas buscan vanamente quebrantar lo que la naturaleza conserva.

XIV

Se habla de religión natural; pero la más natural de las religiones es la más absurda, ya que es muy natural que los hombres caigan en lo absurdo cuando quieren formular lo desconocido.

XV

Hablad de sabiduría a los niños y harán muecas y pensarán en Croquemitaine, pero contadles Piel de Asno y verás cómo os escuchan.

XVI

Vos decís que los niños crecerán. Sin duda, pero habrá entonces otros niños.

XVII

No razonéis sobre colores con los ciegos, sino conducidlos y no cerréis los ojos para dejaron conduciros por ellos.

Los oráculos que se reciben de ojos cerrados son aquéllos de los sueños o de la mentira.

Entre los hebreos, cuando se quería hacer hablar a Dios se tiraba a la suerte, procedimiento sencillo, pero ingenuo.

Entre los cristianos se han puesto, primero, las respuestas de Dios a mayoría de votos en los concilios, sin reflexionar mucho en el pequeño número de elegidos y en el gran número de locos. Después, se ha llegado a hacer depender el oráculo de Dios del deseo del Papa.

El concilio de Nicea ha decidido que el hijo de Dios es consubstancial con su padre, el cual es, según la expresión del Evangelio, supersubstancia, es decir, por encima de toda substancia.

El concilio de Efeso ha declarado que Dios Eterno tiene una mujer por madre.

El Papa Pío IX ha querido que esta mujer haya sido concebida sin pecado, lo que hace depender el pecado original del capricho de Dios, ya que puede exceptuar al que mejor le parezca.

Poner en votación una fórmula obscura y contradictoria, ¿no es todavía echar suertes para obtener un oráculo?

Tanto vale la decisión del Papa como la de un concilio, cuando se trata de la substancia de Dios o de la inmaculada de la Virgen.

Y si se trata de saber *utrum chimoera in vacuum bombinans posit comeder secundis intentiones*, si el Papa, dice, “sí”, yo no tendré fuerza de decir “no”, y si él dice “no”, nada me probará que sea “sí” lo que se debía decir.

Pero que por semejantes cuestiones los príncipes y los pueblos puedan armarse unos contra otros es lo que no se podrá soportar más, una vez que los hombres hayan llegado a tener un poco más de razón.

XVIII

Siendo el infinito una absurdidad que se afirma invenciblemente a la ciencia, se precisan fórmulas absurdas para mantener en el hombre que no razona, el gran sueño del Infinito.

XIX

Dada una cantidad de hombres serios a los que interesa absolutamente saber si hay que llamar blanco o negra, redonda o cuadrada, una entidad abstracta, impalpable e invisible, ¿qué es mejor, sacar a la suerte, poner la cosa en votación o aceptar lo que resuelve el presidente de la asamblea, suponiendo que lo que él diga sea incontestable? Los tres procedimientos son insensatos, pero el último es todavía el menos irracional; porque se pueden preparar los dados, se pueden comprar los votos, pero se está seguro que el Papa obrará siempre en su interés, que es el del catolicismo romano.

XX

Buscando a Dios en lo absurdo se encuentra al diablo, pero buscando al diablo no se encuentra la razón. Analizad al Dios y al diablo del vulgo; encontraréis en el Dios el ideal poetizado del diablo y en el diablo la caricatura de Dios.

CAPITULO VIII

LA FE

I

Cierto día una mujer apareció en una plaza de Alejandría. En una mano tenía una antorcha encendida y en la otra un cántaro de agua. “Con esta antorcha, exclamó, quiero incendiar el cielo; con esta agua quiero extinguir el infierno para disipar todos los fantasmas que ocultan mi Dios y no creer más que en él solo”.

II

Nosotros no podemos comprender a Dios. Podemos apenas saber lo que decimos cuando balbuceamos su nombre, pero sentimos en nosotros una necesidad imperiosa, invencible, absoluta de creer en él y de amarlo.

III

¿Se puede amar seriamente, se puede amar por mucho tiempo lo que no es? Pues bien, el amor de Dios es el único que dura tanto como la vida ¡y que se siente bastante poderoso y bastante creyente para creer la vida eterna!

IV

¡Oh, sí! Él es; es mucho más de lo que somos nosotros, porque lo amamos más que a la vida. Es mejor que todas las bondades humanas, porque lo amamos más que a nuestros padres y a nuestras madres. ¡Es más bello que todas las bellezas mortales porque lo amamos más que a nuestras mujeres y a nuestras hijas!

V

Nuestras almas tienen hambre de divinidad, tienen sed de infinito y sentimos nuestros corazones agrandarse hasta la inmensidad en el sueño del sacrificio eterno.

VI

Todo es de su ser, todo vive de su vida. Todo irradia de su luz; todo ríe y canta de su alegría. Él está en nosotros, está alrededor de nosotros, nos toca, nos habla, llora en nuestras lágrimas, nos fortifica en nuestro dolor; se olvida nuestros errores y se acuerda de nuestros buenos deseos; todo lo que se ama de hermoso, todo lo que se desea de bien, todo lo que se admira de grande, todo lo que se exalta de sublime, es él, es él, es él.

Él está en todo; todo entero en todos lados sin que pueda ser dividido o contenido. No es nada de lo que podemos ver, tocar, mostrar, medir, definir. Es todo lo que podemos desear, admirar, venerar, amar. Él no es el ser, es el principio del ser; no es la vida, es el padre de la vida; es más verdadero que la verdad; más inmenso que la inmensidad, mejor que la bondad, más bello que la belleza. Toda substancia viene de él, pero él mismo no tiene substancia. En él todo es ley sin ser constricción, todo es libertad sin antinomia y sin antagonismo; su voluntad es inmutable y no está encadenada; pues todo lo que quiere y no puede querer sino el bien.

Es la afirmación eterna, de lo verdadero, de lo bello, del bien y de lo justo. Es la inalterable serenidad de un sol sin declinación. ¡Jamás interrumpe el curso de sus leyes; no obra sobre el hombre sino por la naturaleza; no se irrita ni se calma y nosotros no le rogamus para aprender y para ejercitarnos en desear el bien!

VII

¿Qué se puede decir cuando intentamos hablar de él sino incoherencias y absurdos? ¿No es él el infinito indivisible, el todo sin partes, lo existente sin substancia? ¡Dogmas humanos, palabras de delirio, sed olvidadas! ¡Dios sería finito si pudiera ser definido; no hablemos más de él, vivamos para siempre en su amor! ¡Símbolos, imágenes, alegorías, leyendas, sois los sueños de su sombra ... el amor es la realidad de su luz.

VIII

¡Amemos la verdad, amemos la razón, amemos la justicia y amaremos a Dios y le rendiremos el verdadero culto que pide! ¡Amemos todo lo que ha creado todo lo que anima, todo lo que ama y lo sentiremos vivir en nosotros!

IX

¡Comulguemos con él, comulguemos los unos con los otros, comulguemos! ¡He aquí la última palabra de la fe universal! ¡Comuniones, digo, y no más excomuniones!

X

El que excomulga se excomulga. El que maldice se maldice. El que reprueba se reprueba. La condenación sola es condenada.

XI

“Nosotros tenemos el Corán”, dicen los partidarios del Islamismo, “¿a qué sirve el Corán”, dicen los cristianos, “si tenemos el Evangelio?”. “¿A qué el Evangelio?”. Dicen los hebreos: “nosotros tenemos el Sepher Torah”. Y yo os digo: ¿a qué el Sepher Torah si tenemos a Dios?

Pero estos libros sagrados son como los velos de diferentes colores que estaban superpuestos sobre el Tabernáculo.

¡Viva Dios en el Corán! ¡Viva Dios en el Evangelio! ¡Viva Dios en el Sepher Torah!

¡Pero por encima de todo, viva Dios en el corazón del justo! ¡Viva Dios en la justicia y en la caridad! ¡Viva Dios en la solidaridad y la fraternidad universales!

XII

Amar a Dios es ver a Dios, Dios no es visible más que por el amor y este amor es la recompensa de los corazones puros. Se le siente eterno, se le siente infinito. ¡No se define nada, no se busca nada, no se duda de nada, no se teme nada, no se desea nada, se le ama!

XIII

La aquiescencia perfecta a la ley, la calma inalterable en la contemplación de lo que es, la esperanza desinteresada de lo que debe ser, la certidumbre del bien y el reposo en lo absoluto, he ahí el Nirvana de Cakia-Muni tan mal interpretado por los que quieren ver en él el aniquilamiento de la iniciativa humana; he ahí la perfección del hombre.

XIV

El amor divino es el padre de los verdaderos milagros; él transforma la naturaleza, da al dolor una atracción más grande que la del placer; sube y crece sobre los obstáculos; crea un mundo cerrado a la ciencia y a la filosofía; es el esplendor tras el velo; es la realidad que os invade de repente y que os fija en una convicción más inquebrantable que todas las certidumbres humanas.

XV

Sin el amor divino no se puede amar a los hombres: los hombres sin padre no tienen hermanos. El hombre es un monstruo para el hombre sin dios.

XVI

Con el amor divino la eternidad bienaventurada comienza; ¡estamos en la gloria, estamos en el cielo, moramos en lo infinito!

XVII

Que me cubra con la púrpura de Salomón o con las úlceras de Job, y le diré: “Te amo”. Si me dice: “Te echo de mi presencia”, responderé: “Te amo y tu presencia me seguirá”. Si me dice: “Te repruebo”, responderé: “Te elijo”, y si él quiere torturarme, mi amor tomará alas para elevarse más alto que la nube y caminará sobre la tempestad.

XVIII

¡Es que yo no creo en el Dios de los hombres, yo creo en el Dios de Dios mismo! ... o creo en este amor sobrenatural que es la omnipotencia de Dios viviente para siempre en mi corazón.

XIX

¡Lo bendeciré en las ciudades y en los campos, en los desiertos y sobre los mares! Le rogaré en las Iglesias al ruido misterioso de los órganos, lo proclamaré en las sinagogas a los esplendores del Buccin, me prosternaré ante él en las mezquitas al llamado monótono del Muecín ... ¡Pero mejor que todo esto y siguiendo la palabra del gran maestro, me retiraré a mi pieza y le rogaré en mi corazón!

XX

Me retiraré en la soledad, pero no quedaré encerrado en ella. ¿Está acaso Dios conmigo solo? ¿No está viviente en la naturaleza entera? ¿No se expande su belleza en las flores, en los niños y en las mujeres? ¿No se siente en medio de las debilidades y de las agitaciones de los hombres la fuerza que los domina y que los conduce? No huiré, pues, de los hombres porque sus vanidades me enojen; sería egoísta y me dañaría si dijera que amo a Dios.

Amaré a tus hijos, ¡oh, padre mío!, sobre todo cuando estén enfermos y parezcan abandonados por ti, porque entonces pensaré que los confías a mí.

Lloraré con los que lloran, reiré con los que ríen, cantaré con los que cantan. Las caricias de un niño me harán estremecer de alegría y el recuerdo de una mujer me hará soñar en tu amor.

Porque no hay malditos ni bastardos en tu familia. Has creado todo en tu sabiduría y conducirás todo a bien por tu bondad.

Todo amor viene de ti y vuelve a ti. La mujer es la medianera de tu gracia y el vino que regocija el corazón del hombre es el auxiliar de tu espíritu.

Lejos de mí los que te calumnian y dan tu nombre a execrables imágenes. ¡Que se olvide para siempre esa pesadilla de antigua barbarie, ese verdugo de sus criaturas a quienes acumula en un inmenso pudridero donde las conserva vivas salándolas con fuego! ¡Que se desprecie para siempre a ese amo caprichoso como una cortesana romana que elige a unos y rechaza a otros, que se irrita definitivamente por un olvido, que sacrifica para sí a su propio hijo a favor de aquéllos contra quienes no le place irritarse, volviéndose cada vez más implacable para todos los demás!.

Viejos ídolos, viejos errores, nubes disformes de la noche, de las antiguas edades, el sol se levanta, sus rayos atraviesan de todos lados como flechas de oro. ¡Replegaos hacia la noche nube de invierno, la primavera sopla, disipaos, pasad, pasad!

XXI

El hombre no es, no ha sido nunca y nunca será infalible, cualesquiera que sean sus pretensiones y sus dignidades sacerdotales. No hay otra infalibilidad que el amor supremo unido a la absoluta razón.

XXII

La razón sin amor carece de exactitud en el orden moral, porque carece de justicia.

El amor sin razón conduce fatalmente a la locura. Tengamos pues, fe en el amor inseparable de la razón.

XXIII

Con esta fe, si sabéis, si queréis, si osáis y si tenéis el arte de callaros, seréis más fuerte que el mundo, y el cielo y la tierra cumplirán vuestras voluntades.

Haréis, siguiendo la promesa de Cristo, todos los milagros que él hizo y hasta mayores todavía.

El mal desaparecerá ante vosotros y el dolor se cambiará en consolaciones divinas.

Sentiréis en vosotros la vida eterna y no temeréis más a la muerte.

Nada os faltará y no tendréis más decepciones en la vida.

Los que quieran perjudicaros se dañarán a sí mismos y os harán bien.

Tendréis la riqueza como auxiliar, la pobreza por salvaguardia y por amiga; pero la horrorosa miseria no se os acercará jamás.

Los espíritus del cielo os acompañarán y os servirán. La Providencia cumplirá y prevendrá todos vuestros deseos. Vuestro aliento purificará el aire, vuestra palabra esparcirá la alegría en las almas; vuestro contacto devolverá la salud a los enfermos; si os caéis no os heriréis y si se quiere haceros mal, éste retornará sobre quien lo haya querido.

CAPITULO IX

LA CIENCIA

I

Lo absoluto indefinido es el ser y lo absoluto definido es el saber.

El ser inconsciente no se afirma; es afirmado por la conciencia de otro ser.

El ser que se afirma es el ser que sabe. El saber absoluto es idéntico a la absoluta entidad del ser.

El ser moral es proporcional al saber. Cuanto más se sabe más se es, y cuanto más se es, más se merece y más se debe.

II

La ciencia es el punto fijo alrededor del cual el amor, es decir, la fe, debe hacer circular la razón.

III

La ciencia es el principio de la sabiduría; ella se eleva del hecho a la ley y no conoce nada más alto; pero se inclina entonces ante la fe que, viendo cuanto la ley es buena, concluye que ella es querida por una voluntad sabia.

IV

La fe que precede la ciencia no puede ser más que provisoria, a menos que no sea insensata.

V

Hay que tener fe en la ciencia para llegar a la ciencia de la fe.

VI

Se habla de moral independiente. Este epíteto no es exacto. La moral depende de la ley. Ahora bien, es la ciencia que nos hace conocer la ley que nos da razones para creer en el principio viviente y vivificante de la ley.

VII

La ciencia afirma el infinito, quiebra todas las cadenas y rompe todas las prisiones del pensamiento.

Ella hace descender el cielo hasta nosotros y abre a nuestras almas horizontes ilimitados; analiza los soles; se ve por todos lados hormiguar los astros sobre nuestras cabezas, a nuestros lados y bajo nuestros pies; esparce por todas partes la luz y la vida y no deja lugar ni para la muerte ni para el infierno.

VIII

La ciencia disipa los terrores de lo desconocido, nos libera de nuestros prejuicios, da una regla cierta a nuestros deseos y una carrera infinita a nuestra actividad estimulada por legítimas esperanzas.

IX

Ahondar la ciencia es profundizar la desesperación, nos dicen los creyentes ciegos y los escépticos desalentados; y yo les contesto: no, profundizando la ciencia se descubre la mina de oro de las esperanzas legítimas.

X

La ciencia es el instrumento del progreso y el progreso es la conquista de la vida y de la felicidad.

XI

¿Qué me importa el descorazonamiento de Salomón y de Agripa? Del punto en que ellos se detuvieron me volveré a poner en marcha; desde donde se sentaron con la cabeza entre las manos, en el borde de una fosa entreabierta, me levantaré lleno de entusiasmo y franquearé la tumba.

XII

¡La tumba! Esa puerta que entreabriéndose hacia nuestro lado, nonos deja ver nada de lo que hay más allá; esa puerta atrae mi deseo por lo desconocido. Allá, lo siento, allá no se detiene la ciencia; es el umbral del santuario donde se oculta el absoluto; es la entrada de una ciencia nueva.

XIII

¡Saber es haber, saber es ser, saber es vivir! Creer, esperar, amar, ¿qué es todo esto si no se sabe ni lo que se cree, ni lo que se espera, ni lo que se ama?

XIV

Si el objetivo de la fe no es *postulatum* supremo de la ciencia, no es nada.

XV

La ciencia quiere la religión porque sabe que la religión es necesaria.

Quiere una religión eficaz, es decir, creadora y realizadora de la fe.

Quiere una religión jerárquica, porque la jerárquica es la ley universal de la naturaleza.

Quiere una religión monárquica, porque no puede haber más que un Dios y porque la monarquía reglamentada por las leyes es el gobierno más simple, más fuerte y más perfecto.

La ciencia quiere, pues, a la religión tal cual está preparada en la iglesia católica, apostólica y hasta el presente, romana.

Los pastores ignorantes de esta Iglesia pueden muy bien querer marchar retrocediendo; la tierra gira a pesar de lo que hayan dicho los jueces de Galileo y ella los arrastra hacia delante.

XVI

Durante diez y ocho siglos y medio ellos se han declarado infalibles, de una infalibilidad divina, milagrosa, indefectible; este poder que sólo la razón absoluta puede tener, acaban de abdicarlo espontáneamente, libremente. Esto han hecho no por revelación; sino después de deliberación, discusión y a mayoría de votos como se hacen las leyes humanas. Ahora, el papa es infalible por la infalibilidad de ellos y no ya por la de Dios. El milagro ha cesado; le sucede la convención disciplinaria, ¿no es éste el inmenso acontecimiento en el orden religioso hacia el cual, según José de Maistrem nosotros marchamos con acelerada rapidez? Vosotros veis que también marcha esta Iglesia que se dice retardaria. ¡Viva, pues, la nueva infalibilidad del soberano pontífice! ¿No está constituido el dogma? ¿Pueden de nuevo ser puestas en discusión las bases de la fe? ¿Y no alcanza para imponer silencio a los teologastros disputadores, la voz del pastor supremo? Venga un papa hombre de ciencia y de genio y, por su infalibilidad personal, podrá regenerar la Iglesia, suprimir los abusos, anular el protestantismo, reunir a todos los creyentes, abolir todos los anatemas, bendecir aún a los Budistas y a los Musulmanes, lo que sería imposible para siempre si tuviera necesidad, para esto, del asentimiento de un concilio.

XVII

Todo dogma que se vuelve necesario debe, por el mismo hecho de su necesidad, ser considerado como revelado por Dios; porque Dios es la Providencia, ya que la ley religiosa está hecha para el hombre y no el hombre para la ley, ya que toda revelación viene de la inspiración de los hombres que creen y hacen creer a los otros lo que la piedad les sugiere. Porque es así que la ciencia puede comprender y explicar la fe.

XVIII

La turba de los semi-sabios y la vil muchedumbre de los ignorantes incrédulos piensa que se destruye la religión con la ciencia. Lo contrario es lo verdadero. La religión está en la esencia misma del alma humana y la verdadera ciencia bien lo ve. La ciencia no vuela sino los ídolos ridículos y todavía se guarda bien de quebrarlos; los conserva para sus colecciones.

XIX

El arte es la flor del árbol de la ciencia. Por el genio estético se conserva el culto del ideal de la belleza. Lo bello es el esplendor de lo verdadero, ha dicho Platón, y la ciencia también tiene sus bellezas y sus esplendores. Toda doctrina que empequeñece el ideal es una falsa doctrina. ¡Vosotros queréis combatir mis creencias: mostradme otras más grandes y más hermosas! Vuestra materia trabajada por fuerzas fatales es espantosa. Vuestro universo, máquina ciega, es más feo que Polifemo que, por lo menos, tenía un ojo: vuestra humanidad que se aniquila eternamente es horrible. ¡Veo el ser, veo la luz, veo orden, veo la belleza, veo que todo esto es verdadero y no creo ya en vuestras blasfemias!

XX

La ciencia de la religión conduce a la síntesis dogmática, verdadera catolicidad del mundo. La unidad de las creencias y de los símbolos aparecerá entonces radiante en todos los pueblos y en todas las edades, y la similitud de todos los dogmas de los pueblos antiguos y modernos llevará a los sabios y a los creyentes reunidos a proclamar la grande ortodoxia humana.

Y se encontrará un gran pontífice universal que dirá: ¡es así!
Y todas las inteligencias del universo responderán: ¡Amén!

XXI

La falsa ciencia, como la falsa religión, tiene sus supersticiones y sus fanatismos. No reconozco por deseos a los que tienen miedo de los fenómenos cuando todavía no pueden explicarlos y que niegan todo lo que no comprenden; no reconozco por doctos a los que no osan hablar de otra manera que como lo hacen en las academias oficiales. Las ciencias ocultas son el protestantismo de esta falsa ortodoxia. Son las ciencias excomulgadas y no juzgadas por los usurpadores de una falsa infalibilidad.

XXII

El hombre infalible es el que afirma lo que le está demostrado, admite la hipótesis necesaria, examina las hipótesis probables, tolera las hipótesis dudosas y rechaza las hipótesis absurdas. El que regula su creencia según las leyes y no según las opiniones, el que logra extraer el bien del mal, perdona, consuela, no se irrita jamás y no desea nada con violencia; de él se puede decir lo que se ha dicho de Dios mismo: es paciente porque es eterno.

XXIII

La ciencia no ve más que fenómenos allí donde la ignorancia no ve sino milagros. Estudia las maravillas de la naturaleza y los encuentra más grandes que los pretendidos prodigios. Reconoce las leyes supremas y no admite caprichos divinos. Sabe que en la unión la materia obedece a la fuerza, la fuerza a la ley y que la ley es inmutable como Dios.

XXIV

La ciencia no puede enseñar nada contrario a la fe. Porque si en nombre de la fe alguien contradice la demostración de la ciencia, ése no tiene la fe: tiene la creencia ciega y obstinada de los insensatos.

XXV

La Iglesia no puede decidir nada que sea contrario a la ciencia y, por consiguiente, a la razón. Porque su fallo sería entonces el de un tribunal incompetente.

XXVI

Las razas humanas se suceden perfeccionándose, pero cada una de ellas tiene su infancia, su virilidad y su decadencia como los imperios y como los hombres. Las razas anteriores a la nuestra envejecieron, se enervaron y murieron; es lo que explica el dogma del pecado original y de la decadencia adámica.

Dios se manifiesta en la naturaleza, pero jamás nos habló por boca de los hombres, es lo que quiere decir en la India y en el Cristianismo el dogma de la Encarnación.

Hay solidaridad entre los hombres y el rico debe pagar por los pobres: he aquí el dogma de la Redención.

Concebimos a Dios como poder, sabiduría y amor: he aquí el dogma de la Trinidad.

El hombre posee su libre albedrío; pero este libre albedrío se halla siempre influenciado por una atracción. La atracción del mal es la tentación del demonio. Así, los méritos del hombre vienen de Dios y sus vicios de una debilidad original de la cual Dios sale garante. He aquí toda la economía de la salvación y las garantías de la esperanza.

XXVII

La fe no puede juzgar la ciencia, pero la ciencia puede juzgar la fe.

XXVIII

Cuando la Iglesia vuelva a la ciencia y cuando la ciencia vuelva a la fe, el mundo entero será católico.

XXIX

La religión del futuro no será ya el catolicismo: será la catolicidad. Adoración universal de Dios en las maravillas de la ciencia; amor de Dios viviente en la humanidad y síntesis de luz explicando, por la divergencia de sus rayos, los matices de todos los cultos.

XXX

La fe separada de la ciencia no ha producido y no podía producir sino falsas virtudes y verdaderos crímenes; lo que salvará al mundo es la ciencia justificando a la fe.

XXXI

El materialismo moderno no es más que una represalia apasionada contra la fe que niega la ciencia. Es el absurdo negativo opuesto al absurdo afirmativo. Tiene su razón de ser y tendrá su tiempo.

XXXII

La verdad religiosa surge de todos los símbolos reunidos y corregidos o explicados uno por otro. El celibato del Cristo purifica los amores de Krisna. La Diana Pantea con su triple seno explica la maternidad de la virgen. De la comunión emana el verdadero socialismo; la cruz ansata de Olieres es análoga a la cruz del redentor. El paraíso de Mahoma salió del Cantar de los Cantares y la noción más profunda de Dios se encuentra en el símbolo de Moimónedes.

XXXIII

La Biblia Nos dice que lo que ha perdido al hombre es la ciencia del bien y del mal. En efecto, una ciencia semejante se anula a sí misma afirmando simultáneamente los dos contrarios más irreconciliables que pueda concebir el pensamiento humano. Es como si se dijera; la ciencia de lo que es y de lo que no es, la ciencia de la verdad y del error. ¿La nada y el error pueden ser el objeto de una ciencia? ¿Hay una creencia de la torpeza y de la necesidad? La ciencia del mal es la creación del diablo, es la afirmación del infierno eterno, es la negación de todo lo que puede afirmar la ciencia: es la ignorancia erigida en principio, es la realeza de la inercia.

XXXIV

Los teólogos y los casuistas son los normandos del manzano de Eva y sembraron sus semillas; volvieron a plantarlo, lo injertaron y multiplicaron, recogen sus frutos y hacen sidra que dejan envejecer en barricas cerradas a las que se llama infolio.

XXXV

La sola verdadera ciencia, que es la ciencia del bien, excluye la ignorancia que hace cometer el mal. He aquí el manzano del Edén singularmente podado.

XXXVI

La ignorancia produce la estupidez y la estupidez se transmite de padre a hijo, como una tradición de prejuicios que se llama neciamente la fe de nuestros padres. He aquí el pecado original.

XXXVII

Ofender a Dios es chocar contra la razón suprema. Ahora bien, la razón suprema quiebra, sin cólera y sin piedad, todo lo que se opone a ella; pues hace la ley y es, ella misma, la ley.

XXXVIII

La ley eterna no perdona jamás; hay que observarla protectora y conservadora o soportarla rigurosa y dando la muerte, no al ser que no puede aniquilarse, sino al que no debe ser.

XXXIX

La ley de destrucción se aplica solamente al mal; el bien es eterno. La naturaleza lleva a los imperfectos a devorarse entre sí. ¡La guerra es el resultado equilibrante del egoísmo feroz de los amores de los hombres y de las naciones! Si los malos destruyen a los buenos, es por culpa de los buenos que no han sabido todavía sostenerse para reinar.

XL

Si hasta el presente, en el mundo, los malos han parecido más fuertes que los buenos, es porque los malos saben hacer el mal y los buenos no saben hacer el bien.

XXI

Es que los malos observan y obran, mientras que los buenos se contentan con creer y con rogar. Son víctimas que se toman por mártires.

XXII

La verdadera religión es inseparable de la verdadera ciencia. Hay que saber para creer con razón.

CAPITULO X

LA ACCIÓN

I

La acción es la resultante equilibrada del movimiento dirigido por la inteligencia.

II

El movimiento es la manifestación de la vida. La vida es la revelación fenomenal del espíritu.

III

El espíritu es la dirección de la fuerza; la fuerza sin dirección no llegaría jamás a la armonía creadora.

IV

La armonía es la balanza ingeniosa de los números. Es la música de la naturaleza, percibida o no percibida.

V

Las sensaciones son el resultado de las vibraciones y las vibraciones componen la armonía de los sonidos, de las impresiones y de los matices.

VI

Toda acción es una fuerza.

VII

La acción armoniosa se repite multiplicándose; la acción disonante produce una reacción equilibrante.

VIII

Si queréis que una acción violenta se produzca a la derecha, obrad violentamente a la izquierda, dicho así figuradamente.

IX

La creación eterna es la acción de Dios y de la naturaleza. Ahora bien, en la naturaleza todo obra y la inacción es imposible. Si el nadador se cansa de obrar, acciona el río y lo sumerge.

X

La creación eterna es la acción de Dios y de la naturaleza.

La muerte aparente es acción particular que cesa y desaparece en la acción universal.

XI

La muerte es el océano de la vida en la cual recaen, una por una, las gotas de agua que se han vuelto más pesadas que la nube. Luego, el sol hará subir otra vez una nueva nube sobre el mar y las gotas de agua flotarán en el cielo todavía con sus trajes de vapor.

XII

¿Tenemos, pues, que morir mil veces? ¡No! Ni siquiera una vez, porque la muerte es la quimera de los vivos que le temen. La muerte no existe más que en el temor de la muerte y olvidamos este temor cuando vemos que la muerte no existe. La Eternidad no recuerda sino la vida.

XIII

Obra contra la acción universal es querer quebrarse. Obrar con la acción universal es ejercer el poder divino: en esto se halla indicado suficientemente el gran arcano de la alta magia.

XIV

Las acciones del hombre modifican el hombre. Somos todos hijos de nuestras obras.

XV

La substancia inerte llamada materia es el punto de apoyo de la palanca moral; ella expande y refleja en cierto modo la acción que recibe, se impregna de la voluntad del hombre y puede volverse, por la influencia magnética, ya un remedio, ya un veneno.

XVI

El vino derramado por los sabios alegra y fortifica; el vino de los insensatos embriaga y da vértigo.

XVII

La materia es lo que los sabios quieren que sea. Así se explica el misterio de la transustanciación.

XVIII

La fe que transporta las montañas no es otra cosa que la coalición de las voluntades activas para la realización de un sueño o de una utopía.

XIX

La voluntad colectiva puesta en acción da siempre un resultado proporcional a la potencia de las fuerzas reunidas. Pero cuando obra a favor de un sueño, lo que produce es siempre una realidad contraria a la fórmula del sueño. El ideal de la redención por el sacrificio produjo la inquisición; el ideal de la emancipación de los hombres, no ha producido, en el tiempo de la más grande exaltación de sus creyentes, sino el régimen del terror, porque los cristianos y los revolucionarios idólatras –del sacrificio, unos, de la libertad otros- creían falsamente que pueden imponérselos a aquellos que no son capaces, y, sobre todo no comprendían que no hay verdadero sacrificio sin libertad ni libertad verdadera sin sacrificios.

XX

Las grandes religiones producen grandes pueblos porque forman grandes fuerzas colectivas e inspiran grandes acciones.

XXI

No hay héroes en la sociedad; los actos sublimes están determinados siempre por el entusiasmo de muchos. Los grandes crímenes son igualmente el resultado de una perversidad colectiva. El diablo en la Escritura se llama legión y el bien triunfante se llama el dios de los ejércitos.

XXII

El fuego del infierno es la actividad devoradora del bien que consume eternamente el mal.

Jesucristo lo ha dicho en uno de esos pasajes del Evangelio que la Iglesia no puede jamás explicar al común de los fieles.

Habla de los reprobados y agrega: “El fuego los salará como se pone sal sobre la cabeza de las víctimas. La sal es el bien. Si llegara a perder su fuerza, ¿con qué se le salaría? Guardad la sal en vosotros mismos”.

De este pasaje se da al vulgo una explicación abominable: que el fuego conservará a los condenados en la eternidad de su suplicio como la sal conserva las carnes muertas. Es necesario intimidar a los incrédulos y a los perversos.

XXIII

Los débiles hablan y no accionan; los fuertes accionan y se callan.

XXIV

Se ha hablado de una espada cuya empuñadura está en Roma y cuya punta se hace sentir en todos los lados. Si esta espada existe, el que la forjó sería un hábil armero; tratad de hacer una semejante.

XXV

Weishaupt lo intentó, pero su obra no fue duradera, porque sus discípulos no decían ni la misa, ni el breviario, ni el rosario todos los días.

XXVI

La magia y la religión son una sola y misma cosa. Se llama religión a la magia autorizada y magia a una religión prohibida.

XXVII

Si un cristiano cesa de practicar, no creerá por mucho tiempo; pero si un incrédulo empieza por practicar, luego creerá, porque la voluntad no puede estar por mucho tiempo separada de los actos.

XXVIII

La religión y la magia hacen igualmente milagros; pero el Dios de la primera es el diablo de la otra y recíprocamente.

XXIX

Poned blanco sobre negro y el blanco se volverá esplendor; poned negro sobre blanco y el negro se volverá profundidad. Mezclad el blanco y el negro y obtendréis un matiz hosco y desagradable que se llama gris.

XXX

En el mundo divino hay ángeles blancos y ángeles negros, pero no hay ángeles grises.

En el mundo intelectual hay el absoluto afirmativo y el absoluto negativo, pero la duda no existe.

En el mundo moral hay el bien y el mal, pero no hay medio.

En el mundo de la acción toda actividad es la vida, pero la inactividad es la muerte.

Jesús acepta lo caliente y lo frío, pero rechaza lo que es tibio.

CAPITULO XI

LA FUERZA Y SUS AUXILIARES

I

Toda fuerza requiere un impulso, necesita una acción y se apoya sobre una resistencia.

II

Toda fuerza domina la inercia, toda inercia soporta la fuerza.

III

Toda acción repetida determina una fuerza; la fuerza continua, por mínima que sea, triunfa de toda inercia.

IV

Los actos más indiferentes en apariencia, dirigidos por una intención y repetidos con persistencia hacen triunfar esta intención. Es por eso que todas las grandes religiones han multiplicado sus prácticas y atribuyen la mayor importancia a estas prácticas. Un azadonazo asestado por Hércules no agujerearía la masa de una roca, pero una gota de agua que cae en el mismo lugar, hora por hora, termina por excavar una bóveda inmensa de piedra.

V

Las prácticas supersticiosas son tan eficaces como las prácticas religiosas, pero presentan mayor peligro porque no están reguladas por la autoridad legítima.

VI

Haciendo regularmente lo que él mismo llamaba sus ejercicios, San Ignacio terminó por ver distintamente a la Virgen. En la cueva de Mauresa, practicando los ritos del tauróbolo, el emperador Juliano vio personalmente a los dioses del antiguo Olimpo y, sujetándose a las ceremonias del grimorio, los hechiceros obstinados terminan necesariamente por ver al diablo.

VII

Toda fuerza necesita una debilidad, se ejerce sobre una debilidad y triunfa por una debilidad.

VIII

La mayor de las debilidades humanas es el amor y es con su mediación como la fuerza humana ha realizado los mayores milagros.

IX

El entusiasmo multiplica las fuerzas del alma y el entusiasmo es excitado casi siempre por una quimera.

X

Yo que escribo estas líneas, me sacrifico desde hace cuarenta años en trabajos ingratos porque creo en su utilidad, como si todo lo que pienso y todo lo que escribo no hubiera sido pensado y escrito inútilmente por otros.

XI

Si el hombre no tuviera un grado de locura, no haría uso de su razón sino para alejarse de todas las penas y desconfiar de todos los placeres; pero entonces, no viviría; vegetaría encerrado en su concha como un molusco.

XII

La mayor sabiduría del hombre es saber elegir bien su locura.

XIII

Salomón dijo: entre todas las mujeres yo no he encontrado a una. A esto la fría razón contestaría: tomémoslas todas por lo que valen. Pero la suave locura del amor protesta y dice: si hemos elegido mal, elijamos nuevamente; después la sabiduría agrega: vivamos de nuestros sueños, no muramos de ellos.

XIV

Es lo que ocurre con las religiones. Entre todas, ni una es razonable, decía Voltaire. Yo bien lo creo. ¿Son razonables las mujeres? La religión es la mujer de nuestro espíritu. No se puede ser a la vez de todas las religiones y nuestra alma tiene necesidad de practicar una.

XV

Entonces, si se quiere un culto eficaz, hay que ser mago o católico, lo que es, en el fondo, la misma cosa, porque la religión católica es la magia regularizada y vulgarizada.

XVI

¿Cuál es la fuerza que nos hace desear una mujer? La pasión. Y bien, la religión católica sola es una religión apasionada; es insensata y, por eso mismo, invencible por la razón, celosa, exclusiva y, por eso mismo, fascinadora. ¡Sólo ella hace milagros y nos hace tocar Dios!

XVII

Pero la religión y la mujer preferidas son como la esfinge: hay que adivinar su enigma o perecer; hay que poseerlas y no ser sus esclavos; hay que comprender y no soportar sus misterios. Hay que ser su señor, en fin, como Ulises se ha vuelto señor de Circe.

Qui habet aures audiendi audiat.

XVIII

Para el sabio, los sacerdotes son los ministros, es decir, los servidores de la religión; no son ni sus árbitros ni sus señores.

XIX

Nuestra conciencia puede tener necesidad de ser esclarecida, pero no debe ser dirigida sino por la razón unida a la fe.

XX

Hay que tomar consejo de un hombre esclarecido y desinteresado, de un hombre libre y prudente, lo que, vista la organización actual del clero, no se encuentra ni siquiera entre los sacerdotes. No hay cosa más insensata, cuando se ve mal, que tomar por guía un ciego, únicamente porque está tonsurado y lleva una túnica blanca sobre un traje negro!

XXI

La religión sanciona el deber. Pero ella no es ya un deber como el amor. Es un socorro ofrecido a nuestra debilidad. Es una necesidad del alma. Es un arrebató del corazón o no es nada.

XXII

Puede ir más allá de la razón, pero nunca contra la razón; más lejos de la ciencia, pero nunca a pesar de la ciencia. De esta manera se destruye a sí misma probándose evidentemente falsa.

Entonces, no es ya un auxiliar de la fuerza; se transforma en una enfermedad del espíritu y una debilidad del alma.

XXIII

Para que los contrarios se afirmen, sea simultánea, sea separada y alternativamente, es absolutamente necesario que no sean contradictorios.

XXIV

Cuando el entusiasmo nos empuja más lejos que la razón, parece negar la razón, pero cuando la razón viene a su vez a corregir los errores de la fe, parece rechazar la fe. Una y otra, sin embargo, nos conducen a la vez al progreso, como en la marcha nos apoyamos alternativamente sobre las dos piernas.

XXV

El hombre que camina no se apoya nunca sino sobre un pie a la vez. Aquel que apoya al mismo tiempo los dos pies en el suelo no camina. Pero el error de muchos hombres es querer servirse exclusivamente de la razón o de la fe y asemejarse así a un niño que no quisiera caminar sino sobre un pie solo.

XXVI

Cuando se ama no se razona. Cuando se razona parece que no se ama. Cuando se razona después de haber amado, se comprende por qué se amaba. Cuando se ama después de haber razonado, se ama mejor. He aquí el sendero del progreso de las almas.

XXVII

Cuando se tiene un pie sobre el cual uno no puede apoyarse sin caer, hay que cortarlo, dijo Jesucristo. El remedio es violento y Jesucristo decía esto, sin duda, porque en su tiempo no se había inventado todavía la ortopedia. Pero se ha seguido demasiado su consejo y es por esto que la Iglesia renguea del lado de la razón y la filosofía renguea del lado de la fe.

XXVIII

Atar juntas las dos piernas sería como hacer una y esto volvería imposible el caminar. Para que las dos piernas se presten mutuo socorro, es preciso que estén separadas y absolutamente libres una de otra. Es lo mismo para la razón y para la fe. Imponer creencias a la razón y pedir a la fe demostraciones científicas es paralizar una por otra. Cuando se tiene una pierna que molesta a la otra, se es rengo y el gran problema actual es hallar la ortopedia de las almas. A aquéllos que han comprendido nuestros libros yo tengo, quizás, el derecho de decirles: ¡Eureka! Establecer que la solución de un problema es necesaria, es probar que ella es posible y probar que es posible, es darla.

XXIX

Conciliar la fe y la razón es creer que el dogma universal, bajo sus formas diversas, es la expresión progresiva de las aspiraciones humanas hacia la divinidad; aspiraciones que no son ni ficticias en sus fuentes ni arbitrarias en sus formas; aspiraciones que provienen de Dios como todas las formas de la naturaleza; que así el dogma está revelado y se revela siempre; pero que los símbolos no son definiciones científicas, las alegorías historias, los sacramentos operaciones físicas y que los evidentes absurdos de la forma, frente a las apreciaciones racionales, prueban que hay que buscar en otra parte y más arriba, las realidades ocultas bajo esta misteriosa enseñanza.

XXX

La consecuencia de esta creencia razonable es la catolicidad verdaderamente universal, porque no hay más que una revelación como no hay más que un Dios. Solamente los cultos difieren como los símbolos y como los hombres, pero la gracia de Dios habita, para el justo, tanto en la sinagoga como en la religión, aún exterior será tarde o temprano, una consecuencia de la unidad en la civilización. Ahora bien, nadie niega la belleza, la simplicidad, la majestad y la influencia profunda en las almas del culto católico, en otro tiempo romano; es, pues, él, que prevalecerá porque ofrece a la fuerza del mundo los más poderosos auxiliares.

Pero, como lo decía su fundador, es preciso que muera bajo su forma humana, es decir, temporal, para resucitar en su poder espiritual y divino.

¡Y lictor expedi crucem!

CAPITULO XII

LA PAZ PROFUNDA

I

Todos los sufrimientos de nuestra alma provienen del extravío de nuestros deseos y de nuestra obstinación en realizar mentiras.

II

Todos los sufrimientos de nuestro corazón provienen de que amamos para recibir y no para dar, para poseer y no para mejorar, para absorber y no para mortalizar.

III

Para ser feliz no se debe codiciar nada, desear nada con obstinación; mas es necesario obedecer a la ley, querer el bien y esperar la Justicia.

IV

No hay que identificarse con nada corruptible, atarse a nada de lo que pasa, dejar absorber su vida por nada de lo que muere.

V

Se debe amar la belleza, la bondad y el amor que son eternos.

VI

Se debe amar la amistad en nuestro amigo, la juventud y la gracia en nuestra amiga. Hay que admirar en las flores la primavera que las renueva, no sorprenderse de ver flores que se marchitan y mortales que cambian.

VII

Hay que beber el vino cuando es bueno y tirarlo cuando está picado.

VIII

No se debe llorar al hermoso cordero que se ha comido.

IX

Se debe dar de buen corazón a quien la hallare, la moneda de oro que se ha perdido.

X

Si vemos morir el árbol que hemos plantado, calentémonos con la madera muerta y plantemos otro aún.

XI

No murmuremos jamás si poseemos lo que hemos elegido.

XII

Cuando nuestra suerte no surge de nuestra elección, saquemos de ella el mejor partido y esperemos trabajando.

XIII

Busquemos la verdad con simplicidad, sin apasionarnos por una idea o por una creencia.

XIV

No discutamos jamás con nadie. Sobreexcitando el amor propio, la discusión produce la obstinación, enemiga de la verdad y de la paz.

XV

No nos indignemos jamás; nada merece nuestra indignación y nada nos da el derecho de indignarnos. Los crímenes son catástrofes y los malvados enfermos que se deben evitar sin odiar.

XVI

No odiamos a nadie ni tengamos jamás resentimientos. Los que nos hacen mal no saben lo que hacen, o ceden a arrebatos que los vuelven más desdichados que nosotros.

XVII

Amemos siempre. Siendo el amor inmortal, su objeto no podría morir; pero los amores de la tierra no continúan más que sobre la tierra. El ser amado que muere a la vida individual, vive todavía y más que nunca en la vida colectiva y es todavía a él a quien amamos en el objeto de un nuevo amor.

XVIII

¡Pobre marido que lloras y que crees que tu mujer ha muerto! Ella volverá, espérala; ha ido a cambiar de traje.

XIX

Nosotros somos los otros y los otros son todavía nosotros.

XX

Pasados veinte años hay muy pocos hombres y mujeres que se añoren todavía y que quisieran resucitar para volver a poseerse.

XXI

También es raro que, cuando se tuvo en la juventud una pasión desdichada, después de veinte años se sienta no haber desposado a la persona que se deseaba con tanto ardor.

XXII

Las eternidades del amor sexual son eternidades de siete a diez años.

XXIII

Todo esto será olvidado en la otra vida y volveremos a encontrar la frescura de una vida nueva y la casta ignorancia de la cuna.

XXIV

La inminencia eterna es el olvido, porque el recuerdo sería casi siempre, o el disgusto, o el remordimiento.

XXV

No tendría jamás penas morales el que poseyera el poder de olvidar.

XXVI

El único a quien no puede ni debe olvidarse jamás es Dios, porque está necesaria y absolutamente presente en todas nuestras existencias sucesivas.

XXVII

Y en todo lo que amamos, buscamos únicamente un encanto que viene de él, que permanece en él y que siempre volvemos a encontrar.

XXVIII

Hay sobre los seres que nos son simpáticos una cierta señal que reconocemos como señal de familia y en todas sus transformaciones volvemos a encontrar siempre a los nuestros.

XXIX

Pero esta señal puede afirmarse sobre tal o cual, y después de una revolución existencia, no nos acordamos más de aquél o aquélla como si no hubiera existido nunca para nosotros.

XXX

No lloremos, pues, nunca a nadie. Volveremos a hallar siempre a los que debemos amar siempre.

XXXI

Los verdaderos amigos no están nunca separados realmente. Dios llena todas las distancias y no deja vacío entre los corazones.

XXXII

Soportemos valientemente el castigo de nuestras faltas y dejemos de avergonzarnos por ellas una vez que las hayamos reparado.

XXXIII

Dice un proverbio vulgar que el infierno está pavimentado con buenas intenciones. Esto no es verdad. Estrellan el cielo las buenas intenciones que han producido sobre la tierra las acciones ineptas, y el infierno está pavimentado con las malas intenciones que querrían llenar el cielo de falsas virtudes.

XXXIV

El retorno al bien es preferido a la inocencia en el Evangelio, lo cual es justo, porque la vida es un combate y la inocencia no es una victoria.

XXXV

A cada uno da Dios, en esta vida, un animal para domar. Los más favorecidos son aquéllos que luchan contra un león: ¿qué gloria poseerán los que no tengan que domar más que un cordero?

XXXVI

No seáis extraños a nada de lo humano y alternad prudentemente el empleo de vuestras fuerzas. El estudio os absorbe demasiado, buscad distracciones. Templad la sabiduría con alguna locura voluntaria. Si las cosas de la inteligencia os disgustan de la vida material, imponeos por penitencia partidas de placer y entretenimientos alegres. Como el bueno de La Fontaine; poned en los platillos de la misma balanza a San Agustín y a Rabelais. Podréis admirar entonces a Buruch sin peligro de vuestra razón.

XXXVII

Ha dicho Salomón que el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría. Jesús ha invocado el amor de Dios que, según San Pablo, puede sustituir la sabiduría, y la alta iniciación enseña la identificación del hombre con Dios, que es la consumación eterna de la sabiduría y del amor.

XXXVIII

“Paz profunda, hermano, dice un padre, Cree”. Cuando al saludar a otro ese responde: “¡Emmanuel!, quiere decir: “¡Dios está con nosotros!”

XXXIX

Dios está con los justos y en los justos, en los sabios y con los sabios. La religión es la escala de oro que Jacob ha visto en sueños y que comunica el cielo con la tierra; pero los bonzos, los marabutos, los brahmanes, los raquires, los rabinos, los ulemas y los monjes la quieren transformar en torre de Babel que introduce la confusión en las ideas, vuelve las palabras ininteligibles y divide las naciones.

El sacerdocio es el verdadero gusano roedor del árbol de las creencias universales. Así el Cristo se había adjudicado la misión de destruir el sacerdocio y de reemplazarlo por el presbiteriado, es decir, por la libertad organizada bajo la presencia de los ancianos.

El sacerdocio como casta, el sacerdocio como profesión lucrativa, el sacerdocio autócrata de las conciencias, el sacerdocio usurpador de las cosas temporales, he aquí lo que el cristianismo debía destruir; y he aquí lo que los hombres han restablecido descaradamente en su nombre. Por ello el socialismo ha reemplazado al cristianismo. Es un nombre nuevo representando la misma idea. Ahora bien, el socialismo realizado será el Mesianismo, pero este nombre ininteligible para el vulgo es sagrado para los elegidos, es decir, para los iniciados.

El exclusivismo religioso es la competencia de los emporios sacerdotales. Cada uno dice: “Tomad mi unguento, que el de mis concurrentes es un veneno”.

Comerciantes de agua de Colonia, yo soy el verdadero Juan María Farina. Vanamente intentó Jesús echar los mercaderes del Templo: no tuvo éxito. Muy ilegal e imprudentemente los trastornó un día, pero la justicia fue hecha: se crucificó al perturbador y el orden quedó restablecido.

Mientras que la religión sea la ocasión de un comercio cualquiera, no habrá religión seria.

La libertad comercial es un principio y esta libertad ha autorizado, hasta ahora, la explotación de la credulidad de los imbéciles.

Todos los que se hacen pagar por algo, venden algo, y todos los que venden algo, son mercaderes.

El sacerdocio es un comercio; el presbiteriado sería una función respetable porque no podría ser retribuida.

Cuando San Pablo dijo: “Es preciso que el sacerdote viva del altar”, confundió el presbiteriado con el sacerdocio.

El sacerdocio antiguo mataba para comer; el presbiteriado de Jesucristo se hace matar para que los otros coman.

Todo sacerdote que vive del altar come la carne de los pobres y bebe la sangre del pueblo.

Pero Jesús ha dado a los pobres su propia carne para comer y su sangre para beber.

Es por esto que el reinado temporal de Roma ha terminado y que su reinado espiritual ha debido terminar con la usurpación de la divinidad y el ridículo, más insoportable que la muerte.

XL

Sin embargo, las magnificencias del culto católico no deben terminar, como tampoco la mitología antigua y los esplendores del Panteón de Fidias. María es tan inmortal como la Venus Urania, cuya imagen, encontrada en Milo, indica con sus dos brazos una lira que falta. Hallemos la lira de la Venus eterna y devolveremos a la Iglesia católica la ciencia de su dogma y las armonías de su culto.

He podido juzgar la arquitectura del templo y admirar su conjunto porque he salido del templo ... Yo soy libre y voy a donde quiero ir, pero, como lo eterno me ha conservado el uso de la razón, no puedo ir ni hacia la fealdad ni hacia la mentira. Amo todo lo que es, porque para mi vista no existe el mal. Digo la verdad sin buscar aplausos y sin temer las injurias. He vivido pobre y moriré pobre según el mundo y, no obstante, siento que estoy rico de verdades, de independencia y de razón. He formado cosas que Moisés y el Cristo habían dejado adivinar y no por eso dejo de ser un hombre débil y tímido como un niño. La verdad no me pertenece, la doy como la he recibido; ha pasado por mi espíritu casi sin dejar vestigios en él, y si hubiera podido hacerlo habría preferido, a menudo, una mentira que me hubiera dado admiradores y ahorrado las más terribles luchas de mi vida.

Pero es preciso que cada uno cumpla con su destino. ¡Piedad para aquel que se enorgullece de algo! Todo lo que queda al hombre de lo que ha amado es la rectitud de sus intenciones y la esperanza de un destino mejor en su porvenir, que nadie puede prever y al que nadie puede substraerse o escapar.

Eliphas Levi

Diciembre 20 de 1870